

PATRICIA HIGHSMITH

*Pequeños cuentos  
misóginos*

La mano.....	3
Oona, la alegre mujer de las cavernas .....	4
La coqueta .....	5
La novelista .....	6
La bailarina.....	7
La enferma o la encamada.....	8
La artista.....	10
El ama de casa de la clase media.....	12
La prostituta autorizada o la esposa.....	14
La paridora .....	17
Un objeto de cama transportable .....	21
La perfecta señorita .....	25
La suegra silenciosa .....	28
La ñoña.....	31
La víctima.....	35
La evangelizadora .....	39
La perfeccionista .....	42

---

## *La mano*

Un joven le pidió a un padre la mano de su hija y la recibió en una caja; era su mano izquierda.

PADRE: Me pediste su mano y ya la tienes. Pero, en mi opinión, querías otras cosas y las tomaste.

JOVEN: ¿Qué quiere usted decir con eso?

PADRE: ¿Tú qué crees que quiero decir? No me negarás que soy más honrado que tú, porque tú cogiste algo de mi familia sin pedirlo, mientras que cuando me pediste la mano de mi hija, yo te la di.

En realidad, el joven no había hecho nada deshonesto. Simplemente, el padre era suspicaz y mal pensado. El padre consiguió legalmente hacer responsable al joven del mantenimiento de su hija y le exprimió económicamente. El joven no pudo negar que tenía la mano de la hija... aunque, desesperado, la había enterrado ya, después de besarla. Pero la mano iba para dos semanas.

El joven quería ver a la hija, e hizo un esfuerzo, pero se encontró bloqueado por los comerciantes que la asediaban. La hija estaba firmando cheques con la mano derecha. Lejos de haberse desahogado, estaba lanzada a toda marcha.

El joven anunció en los periódicos que ella había abandonado el domicilio conyugal. Pero tenía que probar que lo hubiera compartido antes. Aún no era "un matrimonio", ni en el juzgado ni por la iglesia. Sin embargo, no había duda de que él tenía su mano y había firmado un recibo cuando le entregaron el paquete.

—Su mano, ¿para qué? —preguntó el joven a la Policía, desesperado y sin un céntimo—. Su mano está enterrada en mi jardín.

—¿Es que, encima, es un criminal? ¿No solamente desordenado en su manera de vivir, sino, además, un psicópata? ¿No le habrá usted cortado la mano a su mujer?

—¡No! ¡Y ni siquiera es mi mujer!

—¡Tiene su mano, pero no es su mujer! —se burlaron los hombres de la ley—. ¿Qué podemos hacer con él? No es razonable, puede que incluso esté loco.

—Encerradle en un manicomio. Además, está arruinado, por tanto tendrá que ser en una institución del Estado.

Así que encerraron al joven y, una vez al mes, la chica cuya mano había recibido venía a mirarle a través de la alambrada, como una esposa sumisa. Y, como la mayoría de las esposas, no tenía nada que decirle. Pero sonreía dulcemente. El trabajo de él comportaba una pequeña pensión que ella cobraba ahora. Ocultaba su muñón en un manguito.

Debido a que el joven llegó a estar tan asqueado de ella que no podía ni mirarla, le trasladaron a una sala más desagradable, privado de libros y de compañía, y se volvió loco de verdad.

Cuando se volvió loco, todo aquello que le había sucedido, el haber pedido y recibido la mano de su amada, se le hizo inteligible. Comprendió la horrible equivocación, crimen incluso, que había cometido al pedir algo tan bárbaro como la mano de una chica.

Habló con sus captores, diciéndoles que ahora comprendía su error.

—¿Qué error? ¿Pedir la mano de una chica? Lo mismo hice yo cuando me casé.

El joven, sintiendo entonces que estaba loco sin remedio, puesto que no podía establecer contacto con nada, se negó a comer durante muchos días y, al fin, se tumbó en la cama de cara a la pared y murió.

---

## *Oona, la alegre mujer de las cavernas*

Era un poco peluda, le faltaba un incisivo, pero su atractivo sexual era perceptible a una distancia de doscientos metros o más, como un olor; quizás fuese eso. Toda ella era redonda, su vientre, sus hombros, sus caderas eran redondas, y siempre estaba sonriente, siempre alegre. Por eso gustaba a los hombres. Siempre tenía algo cociendo en una olla sobre el fuego. Era mansa y nunca se enfadaba. Le habían dado tantos garrotazos en la cabeza que su cerebro estaba confuso. No hacía falta golpear a Oona para poseerla, pero ésa era la costumbre, y Oona apenas se molestaba en esquivar el cuerpo para protegerse.

Oona estaba permanentemente preñada y nunca había experimentado el comienzo de la pubertad, ya que su padre se había aprovechado de ella desde que tenía cinco años, y después de él, sus hermanos. Su primer hijo nació cuando ella tenía siete años. Aun en avanzado estado de gestación abusaban de ella, y los hombres esperaban impacientes la media hora o así que tardaba en parir, para lanzarse de nuevo sobre ella.

Curiosamente, Oona mantenía más o menos constante el índice de natalidad de la tribu; en todo caso, la población tendía a disminuir, ya que los hombres desatendían a sus mujeres porque estaban pensando en ella o, a veces, morían al pelear por ella.

Finalmente, Oona fue asesinada por una mujer celosa, a quien su marido no había tocado desde hacía muchos meses. Este hombre fue el primero que se enamoró. Se llamaba Vipo. Sus amigos se habían reído de él por no tomar a otras mujeres, o a la suya propia, en los momentos en que Oona no estaba disponible. Vipo había perdido un ojo luchando con sus rivales. Era un hombre sólo de mediana estatura. Siempre le había llevado a Oona las piezas más selectas que cazaba. Trabajó mucho para hacer un adorno de pedernal, convirtiéndose así en el primer artista de su tribu. Todos los demás utilizaban el pedernal solamente para hacer puntas de flecha y cuchillos. Le había dado el adorno a Oona para que se lo colgara al cuello con una cinta de cuero.

Cuando la mujer de Vipo mató a Oona por celos, Vipo mató a su mujer impulsado por el odio y la ira. Luego cantó una canción que sonaba fuerte y trágica. Siguió cantando como un loco, mientras las lágrimas corrían por sus barbudas mejillas. La tribu pensó en matarle, porque estaba loco y era diferente a todos, y le temían. Vipo dibujó figuras de Oona en la arena húmeda de la orilla del mar; luego, imágenes de ella sobre las rocas lisas de las montañas cercanas, imágenes que se veían desde lejos. Hizo una estatua de Oona en madera; después, una en piedra. Algunas veces dormía con ellas. Con las torpes sílabas de su lenguaje formó una frase que evocaba a Oona siempre que la pronunciaba. No era el único que aprendió y pronunció esa frase, ni el único que había conocido a Oona.

Vipo fue asesinado por una mujer celosa cuyo hombre no la había tocado desde hacía meses. Su hombre le había comprado a Vipo una estatua de Oona por un precio muy elevado: una enorme pieza de cuero hecho con varios pellejos de bisonte. Vipo se hizo con ella una hermosa casa impermeable, y aún le sobró suficiente para vestirse. Inventó unas frases acerca de Oona. Algunos hombres le habían admirado, otros le habían odiado, y las mujeres le odiaban todas, porque las miraba como si no las viese. Muchos hombres se entristecieron por la muerte de Vipo.

Pero, en general, la gente se sintió aliviada cuando Vipo desapareció. Había sido un hombre extraño, que perturbaba el sueño de algunas personas por las noches.

---

## *La coqueta*

Había una vez una coqueta que tenía un pretendiente del cual no podía librarse. El se tomaba en serio sus promesas y declaraciones y no quería dejarla. Se creía hasta sus insinuaciones. Esto la irritaba, porque estorbaba sus buenas relaciones eventuales y los regalos, halagos, flores, cenas y demás que podría obtener de ellas.

Finalmente Yvonne insultaba y mentía a su pretendiente, Bertrand, y no le daba nada, literalmente; lo que significaba menos cero en comparación con la nada que daba a sus otros amigos. Sin embargo, Bertrand no cesaba en sus atenciones porque consideraba que esa conducta era normal y femenina, un exceso de modestia. Llegó a sermonearle y, por una vez en su vida, dijo la verdad. Como él no estaba acostumbrado a la verdad y esperaba falsedades de una mujer bonita, tomó sus palabras por incoherencias y continuó cortejándola.

Yvonne intentó envenenarle poniendo arsénico en las tazas de chocolate que tomaba en su casa, pero él se recuperó y pensó que ésta era una prueba aún mayor y más encantadora de su miedo a perder la virginidad a la edad de diez años. A su madre le dijo que la habían violado. De ese modo, Yvonne mandó a la cárcel a un hombre de treinta años. Había estado tratando de seducirle durante dos semanas, diciéndole que tenía quince años y que estaba loca por él. Había disfrutado arruinando su carrera y haciendo que su esposa se sintiera desgraciada y avergonzada y su hija de ocho años, confusa.

Otros hombres aconsejaron a Bertrand. "Todos nos hemos divertido con ella", le dijeron, "hasta nos la hemos llevado a la cama una o dos veces. Tú ni siquiera has conseguido eso. ¡Y ella no vale nada!" Pero Bertrand pensaba que él era diferente a los ojos de Yvonne, y aunque se daba cuenta de que su perseverancia iba más allá de lo común, consideraba que esto era una virtud.

Yvonne incitó a un nuevo pretendiente a matar a Bertrand. Logró la obediencia del nuevo pretendiente prometiéndole que se casaría con él si eliminaba a Bertrand. A Bertrand le dijo lo mismo respecto al otro hombre. El nuevo pretendiente retó a Bertrand a un duelo, falló el primer tiro y luego empezó a hablar con su proyectada víctima. (El arma de Bertrand se había negado rotundamente a disparar.) Descubrieron que ambos habían recibido promesas de matrimonio. Mientras tanto, los dos hombres le habían hecho regalos caros y le habían prestado dinero durante sus pequeñas crisis de los últimos meses.

Estaban resentidos, pero no se les ocurría ninguna idea para castigarla. Así que decidieron matarla. El nuevo pretendiente fue a verla y le dijo que había matado al estúpido y persistente Bertrand. Entonces Bertrand llamó a la puerta. Los dos hombres fingieron una pelea. En realidad, empujaron a Yvonne entre ambos y la mataron de varios golpes en la cabeza. Dieron la versión de que ella intentó interponerse y resultó golpeada accidentalmente.

Como el propio juez de la ciudad había sufrido, siendo objeto de las burlas de sus conciudadanos, a causa de la coquetería de Yvonne, estaba secretamente complacido por su muerte y dejó libres a los dos hombres sin más. Además, era lo bastante sabio como para comprender que no la habrían asesinado si no hubiesen estado ciegamente enamorados de ella..., y ese estado le inspiraba lástima, puesto que ya había cumplido los sesenta.

Únicamente la doncella de Yvonne, que siempre había recibido un buen sueldo y sustanciosas propinas, asistió a su funeral. Incluso su familia detestaba a Yvonne.

---

## *La novelista*

Posee una memoria perfecta. Todo es sexo. Va por su tercer matrimonio y ha dejado tres hijos por el camino, pero ninguno de su actual marido. Grita: "¡Escuchad mi pasado! Es más importante que mi presente. Dejadme que os cuente lo cerdo que era mi último marido (o amante)."

Su pasado es como una comida mal digerida, quizás indigerible, que se le ha quedado sentada en la boca del estómago. Uno desearía que pudiese vomitarla y olvidarla, sencillamente.

Escribe resmas contando cuántas veces ella, o su rival, se metieron en la cama con su marido. Y cómo ella se paseaba arriba y abajo, insomne —negándose virtuosamente el consuelo de una copa—, mientras su marido pasaba la noche con la otra mujer, flagrantemente, etc., y a la mierda lo que pensarán los amigos o los vecinos. Dado que los amigos y los vecinos eran incapaces de pensar o no les interesaba la situación, no importa lo que pensasen. Se diría que éste es el momento para que un novelista emplee su inventiva, para crear un pensamiento y una opinión pública donde no existen, pero la novelista no se molesta en inventar. Todo es tan escueto como una cojonera.

Después de que tres amigas hayan visto y alabado el manuscrito, diciendo que es "real como la vida misma", y de haber cambiado cuatro veces los nombres de los personajes masculinos y femeninos, con considerable detrimento del aspecto del manuscrito, y después de que un amigo (posible amante) haya leído la primera página y se lo haya devuelto diciéndole que lo ha leído entero y le encanta, envía el manuscrito a un editor. Recibe una rápida y cortés negativa.

Comienza a ser más cautelosa, a obtener cartas de presentación de amigos escritores, vagas, indirectas recomendaciones logradas a costa de comidas y cenas regadas con vino. Rechazo tras rechazo, a pesar de todo.

—¡Yo sé que mi historia es importante! —le dice a su marido.

—También lo es la vida del ratón, para él... o, quizás, para ella —contesta él. Es un hombre paciente, pero, con todo esto, está casi al límite de su resistencia.

—¿Qué ratón?

—Hablo con un ratón casi todas las mañanas mientras estoy en la bañera. Creo que su problema es la comida. Son dos. Uno u otro sale del agujero (hay un agujero en el rincón del cuarto de baño) y entonces les traigo algo de la nevera.

—Estás divagando. ¿Qué tiene eso que ver con mi manuscrito?

—Simplemente que a los ratones les preocupa un asunto más importante: la comida. No que tu marido te fuera infiel, o que tú sufieras por ello, aunque fuese en un escenario tan maravilloso como Capri o Rapallo. Lo cual me sugiere una idea.

—¿Cuál? —pregunta ella, con cierta ansiedad.

Su marido sonríe por primera vez en varios meses. Experimentaba unos segundos de paz. No se oye en la casa el tecleo de la máquina de escribir. Su mujer le está mirando de verdad, esperando oír lo que tiene que decir.

—Adivínalo. Tú eres la que tiene imaginación. No vendré a cenar.

Luego se marcha del piso, llevándose su agenda y —con cierto optimismo— un pijama y un cepillo de dientes.

Ella se acerca a la máquina y se queda mirándola, pensando que quizá podría sacar otra novela de esto, simplemente de esta noche. ¿Debería hacer pedazos la novela por la que había alborotado durante tanto tiempo y empezar la nueva? ¿Quizá esta noche? ¿Ahora mismo? ¿Con quién iba a dormir él?

---

## *La bailarina*

Bailaban maravillosamente juntos, evolucionando de un lado a otro de la pista a los eróticos ritmos del tango, a veces del vals. A la edad de veinte y veintinueve años, respectivamente, Claudette y Rodolphe se hicieron amantes. Quisieron casarse, pero su empresario consideró que resultaban más excitantes para los clientes si no estaban casados. Así que permanecieron solteros.

La sala de fiestas donde trabajaban se llamaba "El Rendez—vous" y era conocida entre cierta clientela de hombres maduros y gastados como una cura eficaz contra la impotencia. Basta con ir a ver bailar a Claudette y Rodolphe, decían todos. Los periodistas, intentando poner un poco de picante en sus columnas, describían su número como sadomasoquista, porque a menudo parecía que Rodolphe iba a estrangular a Claudette. La asía por la garganta y avanzaba, doblándola hacia atrás, o retrocedía —daba igual— manteniendo su presa, sacudiéndola a veces por el cuello, de tal modo que su pelo se agitaba furiosamente. El público contenía el aliento, suspiraba y los contemplaba fascinado. La batería de la banda de tres músicos sonaba más alta e insistente.

Claudette dejó de acostarse con Rodolphe porque pensaba que la privación estimularía su apetito. Le resultaba fácil excitar a Rodolphe mientras bailaba con él, para luego abandonarle con un movimiento brusco, haciendo mutis acompañada por los aplausos y, en ocasiones, las risas de los espectadores. Bien ajenos estaban al hecho de que le abandonaba de verdad.

Claudette era caprichosa y no tenía verdaderos planes, pero empezó a salir con un hombre barrigudo llamado Charles, de buen carácter, generoso y rico. Hasta se acostó con él. Charles aplaudía con fuerza cuando Claudette y Rodolphe bailaban, él rodeando con sus manos el grácil cuello blanco, ella doblada hacia atrás. Charles podía permitirse el lujo de reír. Se la iba a llevar a la cama luego.

Como sus ganancias iban unidas, Rodolphe le planteó el asunto a Claudette: o dejaba de ver a Charles o él no volvería a actuar con ella. O, por lo menos, no actuaría con las manos alrededor de su garganta, como si fuera a ahogarla en un exceso de pasión, que era lo que venían buscando los clientes. Rodolphe lo decía en serio, así que Claudette prometió no acostarse más con Charles. Cumplió su promesa. Charles se distanció; raras veces se le veía por "El Rendez—vous"; en esas ocasiones andaba triste y abatido y, finalmente, no volvió más. Pero Rodolphe se fue dando cuenta poco a poco de que Claudette estaba viéndose con dos o tres hombres. Empezó a dormir con ellos y el negocio prosperó más que con el rico Charles, quien, después de todo, era un solo hombre, con sólo un grupo de amigos a los que poder traer a "El Rendez—vous".

Rodolphe le pidió a Claudette que terminara con los tres. Ella se lo prometió. Sin embargo, ellos, o sus mensajeros con noticias y flores, continuaron frecuentando el camerino todas las noches.

Rodolphe, que no había pasado una noche con Claudette desde hacía ya cinco meses, pero cuyo cuerpo se apretaba contra el suyo cada noche ante los ojos de doscientas personas... Rodolphe bailó un tango magnífico una noche. Se apretó contra ella como de costumbre y ella se inclinó hacia atrás.

—¡Más! ¡Más! —gritó el público, hombres en su mayoría, cuando las manos de Rodolphe oprimían la garganta de ella.

Claudette siempre fingía sufrir, amar a Rodolphe y sufrir a manos de su pasión durante la danza. Esta vez no se levantó cuando la soltó. Ni él la ayudó, como solía hacer. La había estrangulado, con tanta fuerza que ella no pudo gritar. Rodolphe salió del pequeño escenario y dejó a Claudette allí para que otros la recogieran.

---

## *La enferma o la encamada*

Había sufrido una caída diez años antes, cuando pasaba unas vacaciones esquiando en Chamonix con su novio. La lesión tenía algo que ver con la espalda. Los médicos no pudieron encontrar nada, nadie veía nada anormal en su espalda; y, sin embargo, le dolía, decía ella. La realidad era que no estaba segura de conservar a su hombre a menos que fingiera una lesión, adquirida precisamente estando con él. Philippe, sin embargo, estaba muy enamorado de ella, así que no debería haberse preocupado tanto. No obstante, enganchar firmemente a Philippe y asegurarse, además, una vida de ocio —por no decir pasarse el resto de sus días echada boca arriba, o como prefiriese tumbarse cómodamente— no era pequeña ventaja—. ¿Cuántas mujeres podían pescar a un hombre para siempre, sin darle nada en absoluto, sin siquiera hacerle la comida, y que, a pesar de todo, las mantuviese a un nivel bastante bueno?

Algunos días se levantaba, principalmente por aburrimiento. A veces estaba levantada cuando hacía sol, pero no siempre. Cuando no hacía sol, o amenazaba lluvia, Christine se sentía fatal y se quedaba en la cama. Entonces su marido, Philippe, tenía que bajar con la bolsa de la compra y al volver ponerse a cocinar. La única cosa de la que hablaba Christine era "cómo me siento". Obsequiaba a las visitas y las amistades con un largo relato sobre inyecciones, píldoras, dolores en la espalda que la habían dejado sin dormir el miércoles pasado y la posibilidad de lluvia para mañana, por el modo en que se sentía.

Pero siempre se encontraba bastante bien cuando llegaba agosto, porque ella y Philippe se iban entonces a Cannes. Sin embargo, su estado podía ser malo muy a principios de agosto, debido a lo cual Philippe tenía que contratar una ambulancia para ir a Orly, y luego un acomodo especial en el avión a Niza. En Cannes se sentía capaz de ir a la playa todas las mañanas a las once, nadar unos minutos con ayuda de un flotador en forma de alas, y tomar una buena comida. Pero a finales de agosto, de vuelta en París, sufría una recaída a causa de toda la agitación, las comidas fuertes y el esfuerzo físico general, por lo que, una vez más, tenía que meterse en la cama, con su bronceado y todo. A veces les mostraba sus bronceadas piernas a las visitas, suspiraba, llena de recuerdos de Cannes, y volvía a taparse con las sábanas y la manta. Septiembre anunciaba ya el comienzo del triste invierno. Philippe ya no podía dormir con ella; aunque bien sabe Dios que él pensaba que se había ganado un trato mejor, puesto que había trabajado hasta dejarse los dedos para pagar las incontables facturas de los médicos, los radiólogos y las farmacias. Tendría que enfrentarse a otro invierno solitario, ni siquiera en la misma habitación que ella, sino en la habitación contigua.

—Pensar que yo soy el causante de todo esto —le dijo Philippe a uno de sus amigos— por haberla llevado a Chamonix.

—Pero ¿por qué se encuentra siempre bastante bien en agosto? —contestó el amigo—. ¿Crees de veras que es una enferma? Recapacita, hombre.

Philippe empezó a recapacitar, porque otros amigos le habían dicho lo mismo. Recapacitar le llevó años, muchos años de agosto en Cannes (a un precio que consumía los ahorros de once meses enteros) y muchos inviernos durmiendo principalmente en el dormitorio de los invitados, y no con la mujer a quien amaba y deseaba.

Así que el undécimo agosto en Cannes, Philippe hizo acopio de todo su valor. Nadó mar adentro detrás de Christine con un alfiler entre los dedos. Clavó el alfiler en su flotador e hizo dos pinchazos, uno en cada ala blanca. No estaban muy lejos de la orilla, el agua les cubría justo por encima de la cabeza. Philippe no estaba en muy buena forma. No sólo se estaba quedando calvo, cosa que no tenía mayor importancia en semejante situación, sino que había echado tripa, lo cual no habría sucedido, pensaba él, si hubiese podido hacer el amor con Christine durante la última década. A pesar de ello, Philippe intentó y consiguió hundir a Christine, aunque al mismo tiempo



tuvo cierta dificultad para mantenerse a flote. Sus confusos movimientos, vistos por unas cuantas personas finalmente, parecían los de un hombre tratando de salvar a alguien que se ahogaba. Y, por supuesto, eso fue lo que le contó a la Policía y a todo el mundo. Christine, pese a que tenía suficiente grasa como para flotar, se hundió como un pedazo de plomo.

Christine no supuso ninguna pérdida para Philippe, salvo el gasto del entierro. Pronto le desapareció la tripa y, con gran sorpresa suya, se encontró de repente en buena posición económica, en lugar de tener que gastar hasta el último céntimo. Sus amigos le felicitaron, pero cortésmente y en abstracto. No podían decirle exactamente: "Gracias a Dios que te has librado de esa hija de puta", pero le dijeron lo más aproximado a eso. Al cabo de unos seis meses conoció a una chica muy simpática, llena de energía, a quien le encantaba cocinar y, además, le gustaba acostarse con él. A Philippe incluso le volvió a crecer el pelo.

---

## *La artista*

En la época en que Jane se casó, no parecía haber nada extraño en ella. Era regordeta, bonita y muy práctica: capaz de hacer la respiración artificial en un abrir y cerrar de ojos, reanimar a una persona desmayada, o detener una hemorragia nasal. Era ayudante de un dentista y no se inmutaba ante una crisis o un dolor. Pero sentía entusiasmo por las artes. ¿Qué artes? Todas. Empezó, durante el primer año de casada, con la pintura. Esto ocupaba todos sus sábados, o suficientes horas del sábado como para impedirle hacer la compra del fin de semana, pero la hacía Bob, su marido. También era él quien pagaba el enmarcado de los retratos al óleo, sucios y con los colores corridos, de sus amistades. Las sesiones de posa de los amigos también consumían buena parte del tiempo durante el fin de semana. Al fin, Jane admitió el hecho de que no lograba evitar que los colores se corriesen, y decidió abandonar la pintura por la danza.

La danza, enfundada en un leotardo negro, no mejoró mucho su maciza figura, únicamente su apetito. Luego vinieron las zapatillas especiales. Estaba aprendiendo ballet. Había descubierto una institución llamada La Escuela de las Artes. En este edificio de cinco plantas se enseñaba piano, violín y otros instrumentos, composición musical, a escribir novela o poesía, y danza y pintura.

—¿Ves, Bob?, se puede y se debe hacer que la vida sea hermosa —decía Jane con su amplia sonrisa—. Y todo el mundo quiere contribuir un poquitín, si puede, a la belleza y la poesía del mundo.

Mientras tanto, Bob vaciaba la basura y se encargaba de que no se quedaran sin patatas. El ballet de Jane no progresaba más allá de cierto punto, así que lo dejó y se dedicó al canto.

—Yo creo que la vida es bastante hermosa tal y como es —dijo Bob—. Por lo menos, yo soy bastante feliz.

Esto fue en la temporada del canto, a consecuencia del cual habían tenido que meter un piano vertical en el ya abarrotado cuarto de estar.

Por alguna razón, Jane dejó sus lecciones de canto y empezó a estudiar escultura y talla en madera. El cuarto de estar quedaba hecho una pena, lleno de trocitos de barro y astillas con las que no siempre podía la aspiradora. Jane estaba demasiado cansada para hacer nada después de un día de trabajo en la consulta del dentista y de permanecer de pie luchando con el barro y la madera hasta medianoche.

Bob llegó a odiar La Escuela de las Artes. La había visto unas cuantas veces, cuando iba a recoger a Jane a eso de las once. (El barrio era peligroso para andar sola.) A Bob le parecía que todos los alumnos eran un montón de optimistas mal encaminados y los profesores un montón de mediocridades. Aquello le daba la impresión de un manicomio de esfuerzos desviados. ¿Y cuántos hogares, hijos y maridos estaban trastornados porque la mujer de la casa —la mayoría de los alumnos eran mujeres— no estaba en el hogar haciendo algunas tareas esenciales? A él le parecía que no había inspiración en La Escuela de las Artes, solamente el deseo de imitar a las personas que la habían tenido, como Chopin, Beethoven y Bach, cuyas obras oía destrozar mientras esperaba a su mujer sentado en un banco del vestíbulo.

La gente llamaba locos a los artistas, pero estos alumnos parecían incapaces de esa clase de locura. Los estudiantes parecían locos, en cierto sentido de la palabra, pero no en el sentido adecuado. Considerando el tiempo que La Escuela de las Artes le privaba de su mujer, Bob estaba dispuesto a hacer saltar el edificio en cachitos.

No tuvo que esperar mucho, pero no fue él quien voló el edificio. Alguien —más tarde se comprobó que había sido un instructor— puso una bomba debajo de La Escuela de las Artes, lista para estallar a las cuatro de la tarde. Era el día de Nochevieja y, a pesar de que era media fiesta, los estudiantes de todas las artes estaban practicando laboriosamente. La Policía y algunos periódicos

habían recibido aviso de la bomba. El problema era que nadie la encontraba y también que la mayoría de la gente no creía que fuese a estallar ninguna bomba. Debido al ambiente del barrio habían sufrido sustos y amenazas con anterioridad. Pero la bomba estalló, evidentemente, desde las profundidades del sótano, y debía ser de buen tamaño.

Dio la casualidad de que Bob estaba allí, porque tenía que recoger a Jane a las cinco. Había oído el rumor de la bomba, pero no sabía si creérselo o no. Por precaución, sin embargo, o por una premonición, estaba esperando al otro lado de la calle en lugar de hacerlo en el vestíbulo.

Un piano salió por el tejado, un poco separado del pianista que seguía sentado en el taburete, tecleando en el vacío. Una bailarina logró al fin dar unas pocas vueltas completas sin que sus pies tocaran el suelo, ya que se hallaba a una altura de cuatrocientos metros, y además sus pies apuntaban hacia el cielo. Un alumno de pintura fue lanzado a través de una pared, el pincel en suspenso, dispuesto a dar la pincelada maestra mientras flotaba horizontalmente camino del verdadero olvido. Un instructor, que se refugiaba tan a menudo como podía en los lavabos de La Escuela de las Artes, salió disparado junto con parte de las cañerías.

A continuación apareció Jane, volando por los aires con un mazo en una mano, un cincel en la otra, y una expresión de éxtasis en la cara. ¿Estaba pasmada, concentrada aún en su obra, o ya muerta? Bob no pudo saberlo. Las partículas fueron cayendo con un suave y decreciente estrépito, levantando una polvareda gris. Hubo unos segundos de silencio, durante los cuales Bob permaneció inmóvil. Luego, dio media vuelta y se dirigió a casa. Surgirán otras Escuelas de las Artes, de eso estaba seguro. Curiosamente, esta idea cruzó su mente antes de que se diera cuenta de que su esposa se había ido para siempre.

---

## *El ama de casa de la clase media*

Pamela Thorpe consideraba que el Women's Lib de la Mujer era uno de esos estúpidos movimientos de protesta sobre los cuales les gusta escribir a los periodistas para llenar sus páginas. Las del Women's Lib afirmaban que "querían independencia" para las mujeres, mientras que Pamela pensaba que, de todas formas, las mujeres dominaban a los hombres. Por eso, ¿para qué armar tanto jaleo?

El motivo por el que surgió esta cuestión fue porque su hija, Bárbara, volvió a casa en junio después de licenciarse en la Universidad y le dijo a su madre que iba a haber una reunión del Women's Lib en su barrio. La había organizado Bárbara con su compañera Fran, a cuya familia conocía Pamela. Naturalmente, Pamela fue a la reunión, que se celebraba en la parroquia, sobre todo por divertirse y para oír lo que la generación joven tuviera que decir.

Había globos de colores y cadenetas de papel colgando de las vigas y de los alféizares de las vidrieras.

Pamela se quedó sorprendida al ver a Connie Haines joven y madre de dos niños pequeños, predicando como un converso.

—¡Las mujeres trabajadoras necesitan guarderías estatales gratuitas! —gritó Connie, y sus últimas palabras quedaron casi ahogadas por los aplausos—. ¡Y la pensión alimentaria, esa explotación legalizada de los maridos divorciados, debe desaparecer!

¡Vitores! Las mujeres se pusieron de pie, aplaudiendo y gritando.

¡Guarderías estatales! Pamela imaginaba ríos de mujeres trabajadoras (que únicamente se figuraban que querían trabajar) abandonando sus hogares a las ocho de la mañana, aparcando a sus críos en algún sitio y, al final de la semana, trayendo el cheque de la paga a una casa donde la próxima comida ni siquiera estaba en el fuego. Ahora muchas mujeres levantaban la mano pidiendo la palabra, así que Pamela levantó la suya también. Había muchas cosas que quería decir.

—¡Los hombres no están en contra de nosotras! —gritaba una mujer desde uno de los bancos—. ¡Son las mujeres quienes nos retienen, mujeres egoístas y cobardes que creen que van a perder algo eligiendo a igual trabajo, igual salario!

—Mi marido —empezó Connie, que de repente volvía a tener la palabra y hablaba todavía más alto que antes— está a punto de acabar la carrera de Medicina estamos preocupados porque apenas llegamos a fin de mes. ¡Contratar a una niñera se llevaría todo mi sueldo si yo cogiese un trabajo! ¡Por eso estoy a favor de las guarderías estatales gratuitas! ¡Yo no soy demasiado cómoda para tener un trabajo!

Más aplausos y vivas.

Ahora Pamela se puso de pie.

—¡Guarderías estatales! —dijo, y tuvieron que oírla porque su voz se alzaba por encima de todas las demás—. Vosotras, las jóvenes (yo tengo cuarenta y dos años), no parecéis comprender que el sitio de una mujer está en su casa, para crear un hogar; estaréis creando una generación de delincuentes si los convertís en una generación de niños formados en guarderías estatales...

Un griterío general acalló a Pamela por un momento.

—¿Eso no está demostrado! —chilló una chica.

—¡Y la supresión de la pensión alimentaria! A lo mejor también estás en contra de eso, ¿no? —preguntó otra. Era su hija Bárbara.

Las caras se volvieron borrosas. Pamela reconoció a algunas de ellas, vecinas suyas desde hacía años, pero en cierto sentido no podía reconocerlas en su nuevo papel de enemigas, de atacantes.

—Respecto a la pensión —resumió Pamela, aún de pie—, es tarea del marido mantener a la familia, ¿no?

—¿Incluso cuando la esposa se ha largado? —preguntó alguien.

—¡Cada caso de divorcio debería examinarse por separado! —gritó otra voz.

—¿Sabes que algunas mujeres están cometiendo verdaderos abusos, y eso desprestigia a todas las mujeres?

—¡Las mujeres serían las víctimas! —replicó Pamela—. Se ha llamado a la abolición de la pensión alimentaria autorización para Don Juanes, ¡y eso es lo que es! ¡Acabará con nuestros vales de comida!

¡El caos! Ahora estaba la carne en el asador. Quizá la elección de la frase había sido desafortunada —"vales de comida"—, pero, en cualquier caso, toda la congregación, o más bien, la masa, estaba en pie.

El nivel de adrenalina de Pamela ascendió para enfrentarse a la situación. Comprendió también que tenía que protegerse, porque el ambiente se había vuelto de pronto desagradable y hostil. Pero no estaba sola: por lo menos cuatro mujeres, todas ellas vecinas y más o menos de la edad de Pamela, estaban de su parte, y ella vio que los ejércitos estaban tomando posiciones en grupos, o nudos. Las voces se alzaban todavía más. Empezaron a volar los libros de himnos.

¡Plaff!

—¡Reaccionarias!

—¡Destructoras de hogares!

—¡Supongo que serás antiabortista, además!

Un huevo le dio a Pamela entre los ojos. Se limpió la cara con un pañuelo de papel. ¿De dónde había salido el huevo? Pero, claro, muchas de las mujeres llevaban la bolsa de la compra.

Los tomates describían un arco en el aire, como bombas rojas. También las manzanas. El estruendo recordaba al fuerte cacareo de las gallinas u otro tipo de ave, muy asustadas, confinadas en un espacio reducido. Los bandos no estaban alineados. Los grupos combatían entre sí a corta distancia.

¡Whop! Eso había sido una lata de algo lanzada a la cabeza de una mujer, en represalia —así lo afirmó la atacada— por una ofensa peor. Los paraguas, al menos tres o cuatro, empezaron a desempeñar un papel en la batalla.

—¡Escucha lo que te digo!

—¡Hija de puta!

—¡Basta de pelea!

—¡A sentarse! ¿Dónde está la presidenta?

Pamela vio que algunas mujeres se estaban marchando, produciendo un atasco en la puerta principal. Entonces descubrió sorprendida que tenía un macizo reclinatorio entre las manos y que estaba a punto de lanzarlo. ¿Cuántos había arrojado ya? Dejó caer el reclinatorio (sobre sus propios pies) y se agachó justo a tiempo de esquivar un repollo.

Pero lo que acabó con Pamela fue una lata de kilo de judías blancas que le acertó en la sien derecha. Murió en unos segundos, y su atacante nunca fue identificada.

---

## *La prostituta autorizada o la esposa*

Sarah siempre se había dedicado a eso en plan de aficionada, y a los veinte años se casó, con lo que obtuvo la licencia. Para remate, el matrimonio se celebró en una iglesia en presencia de familia, amigos y vecinos, puede que incluso tuviera a Dios como testigo, ya que, desde luego, El estaba invitado. Iba toda de blanco, aunque ciertamente no era virgen, dado que estaba embarazada de dos meses y no del hombre con quien se casaba, el cual se llamaba Sylvester. Ya podía convertirse en una profesional, contando con la protección de la ley, la aprobación de la sociedad, la bendición de los clérigos y el apoyo económico garantizado por su marido.

Sarah no perdió el tiempo. Primero fue el hombre del contador del gas, como ejercicio de precalentamiento; luego, el limpiaventanas, cuyo trabajo le llevaba un número variable de horas, dependiendo de lo sucias que le hubiera dicho a Sylvester que estaban las ventanas. A veces Sylvester tenía que pagarle ocho horas de trabajo y un poco más por horas extra. En ocasiones, el limpiaventanas estaba allí cuando Sylvester salía para el trabajo y seguía estando allí cuando volvía a casa por la tarde. Pero éstos eran morralla, y Sarah pasó a su abogado, lo que tenía la ventaja de que éste no cobraba las minutas por los servicios prestados a la familia Sylvester Dillon, la cual constaba ya de tres miembros.

Sylvester estaba orgulloso de su hijito Edmund y se ruborizaba de placer cuando las amistades comentaban el parecido de Edmund con él. Las amistades no mentían, se limitaban a decir lo que pensaban que debían decir, lo mismo que le hubieran dicho a cualquier padre. Después del nacimiento de Edmund, Sarah cortó sus relaciones sexuales con Sylvester (que nunca habían sido frecuentes), diciéndole: "Con uno basta, ¿no crees?" Otras veces decía: "Estoy cansada", o "Hace demasiado calor". Vamos, que el pobre Sylvester sólo valía por su dinero —no era rico, pero tenía una buena posición y porque era relativamente inteligente y presentable, no lo bastante agresivo para resultar una molestia y... Bueno, eso era más o menos lo único necesario para satisfacer a Sarah. Ella tenía la vaga idea de que necesitaba un protector y acompañante. De algún modo, firmar "Señora de" daba más categoría.

Disfrutó tres o cuatro años de amoríos con el abogado; luego fue su médico; después, un par de maridos descarriados pertenecientes a su círculo social, más unas cuantas escapadas de dos semanas con el padre de Edmund. Estos hombres la visitaban generalmente por las tardes, de lunes a viernes. Sarah era sumamente precavida e insistía —dado que su fachada principal era visible desde varias casas vecinas— en que sus amantes la llamaran desde algún lugar próximo para que ella pudiese decirles si el panorama estaba despejado. La hora más segura era la una y media, cuando la mayoría de la gente estaba comiendo. Después de todo, lo que Sarah se jugaba era su techo y su comida, y Sylvester se estaba poniendo nervioso, aunque todavía no sospechaba nada.

En el cuarto año de matrimonio, Sylvester hizo una pequeña escena. Le había hecho proposiciones a su secretaria, así como a la chica que trabajaba detrás del mostrador en su oficina de suministros, y había sido suave, pero firmemente rechazado, por lo que su autoestima se hallaba en un punto bajo.

—¿No podríamos volver a intentarlo? —fue la sugerencia de Sylvester.

Sarah contraatacó con una docena de batallones con los cañones listos para disparar durante años. Se hubiera pensado que era ella la persona con quien se había cometido una injusticia.

—¿Acaso no he creado un hogar perfecto? ¿No soy una buena anfitriona? La mejor, según todos nuestros amigos, ¿no es verdad? ¿He dejado de ocuparme de Edmund alguna vez? ¿He dejado alguna vez de tenerte preparada una comida caliente cuando volvías a casa?

Ojalá te olvidaras de la comida caliente de cuando en cuando y pensaras en otra cosa, deseaba decirle Sylvester, pero era demasiado bien educado para soltarlo.

—Y además tengo buen gusto —añadió Sarah como andanada final—. Nuestros muebles no sólo son buenos, sino que están bien cuidados. No sé qué más esperas de mí.

Los muebles estaban tan brillantes que la casa parecía un museo. Muchas veces a Sylvester le daba apuro manchar los ceniceros. Hubiese preferido más desorden y un poco más de calor. ¿Cómo podía decirselo?

—Ahora ven a tomar algo —dijo Sarah, más dulcemente, extendiendo una mano en un gesto sin precedentes en los últimos años. Se le acababa de ocurrir una idea, un plan.

Sylvester cogió su mano con alegría y sonrió. Repitió de todos los platos que ella le ofreció insistentemente.

La cena fue buena, como de costumbre, porque Sarah era una excelente y meticulosa cocinera. Sylvester esperaba que la velada tuviera un final feliz, pero en ese sentido quedó defraudado.

La idea de Sarah era matar a Sylvester a base de buenas comidas, de amabilidad en cierto sentido, de cumplir con su deber de esposa. Iba a cocinar más y de una forma más elaborada. Sylvester ya tenía barriga; el médico le había advertido que tuviera cuidado con los excesos en la comida, la falta de ejercicio y todo ese rollo.

Pero Sarah estaba suficientemente informada respecto al control del peso como para saber que lo que cuenta es lo que se come, no el ejercicio que se haga. Y a Sylvester le encantaba comer. El escenario estaba preparado y ¿qué podía perder?

Empezó a usar grasas más fuertes, manteca de ganso y aceite de oliva, a hacer macarrones con queso, a untar los sandwiches con una gruesa capa de mantequilla, a insistir en que la leche era una espléndida fuente de calcio para combatir la caída del cabello de Sylvester. El engordó diez kilos en tres meses. El sastre tuvo que arreglarle todos los trajes y luego hacerle otros nuevos.

—Tenis, querido —le dijo Sarah, preocupada—. Lo que necesitas es un poco de ejercicio.

Confiaba en que le diera un ataque al corazón. Pesaba ya más de cien kilos y no era un hombre alto. Se ahogaba al menor esfuerzo.

El tenis no sirvió de nada. Sylvester era lo bastante prudente, o lo bastante pesado, para limitarse a estar de pie en la pista y dejar que la pelota viniera a él, y si la pelota no venía, él no pensaba correr tras ella para golpearla. Así que, un caluroso sábado en que le había acompañado a las pistas como siempre, Sarah fingió desmayarse. Murmuró que quería que la llevara al coche para ir a casa. Sylvester se esforzó por levantarla, jadeando, ya que Sarah tampoco era un peso ligero. Desgraciadamente para sus planes, dos tipos vinieron corriendo desde el bar del club para echarles una mano y metieron a Sarah en el Jaguar con facilidad.

Una vez en casa, con la puerta cerrada, Sarah se desvaneció de nuevo y farfulló en un tono hermético, aunque débil, que era preciso llevarla arriba, a la cama. Era la gran cama de matrimonio de la cual les separaban dos tramos de escalera. Sylvester la alzó en brazos, pensando que no presentaba una imagen muy romántica subiéndola trabajosamente escalón a escalón y dando trapiés mientras llevaba a su amada al lecho. Finalmente, tuvo que echársela al hombro, y aun así se cayó de bruces al llegar al descansillo del segundo piso. Jadeando fuertemente, rodó a un lado para librarse del cuerpo inerte de Sarah, y volvió a intentarlo, esta vez simplemente arrastrándola por el vestíbulo enmoquetado hasta el dormitorio. Sintió la tentación de dejarla tumbada allí hasta que recuperase el aliento (ella ni se movía), pero podía imaginar sus recriminaciones si volvía en sí en los próximos segundos y se encontraba con que él la había dejado tirada en el suelo.

Sylvester se puso de nuevo a la tarea, empleando en ella toda su fuerza de voluntad, porque, ciertamente, fuerza física no le quedaba ya. Le dolían las piernas, la espalda le estaba matando, y se asombró de lograr levantar ese peso (casi setenta kilos) hasta la cama.

"¡Uuff!", dijo Sylvester, y retrocedió tambaleándose, con la intención de derrumbarse en una butaca, pero ésta tenía ruedecitas y se deslizó hacia atrás, por lo que él aterrizó en el suelo con un golpe que hizo temblar la casa. Un dolor espantoso le atenazaba el pecho. Se llevó un puño al pecho y mostró los dientes en una mueca de agonía.

Sarah le observaba, echada en la cama. No hizo nada. Esperó y esperó. Casi se quedó dormida. Sylvester gemía y pedía ayuda. Era una suerte, pensó Sarah, que esta tarde hubieran dejado a Edmund con un canguro, en lugar de que ésta viniera a la casa. Después de unos quince minutos, Sylvester se quedó inmóvil. Sarah se durmió al fin. Cuando se levantó, comprobó que Sylvester estaba bien muerto y empezando a enfriarse. Entonces telefoneó al médico de la familia.

Todo le fue bien a Sarah. La gente dijo que hacía sólo pocas semanas se habían asombrado del buen aspecto que tenía Sylvester, con las mejillas sonrosadas y todo eso. Sarah recibió una suma muy apañada de la compañía de seguros, su viudedad, y cantidad de comprensión y afecto de la gente, que le aseguraba que ella le había dado a Sylvester lo mejor de sí misma, había formado un hogar perfecto, le había dado un hijo, en una palabra, se había entregado completamente a él y había hecho que su vida, desgraciadamente más bien corta fuese tan feliz como podía serlo la vida de un hombre. Nadie dijo: "¡Qué crimen tan perfecto!", que era la opinión personal de Sarah, y ahora podía reírse al pensarlo. Ahora podía convertirse en la Viuda Alegre. Exigiendo pequeños favores de sus amantes —sin darle importancia, claro está— iba a ser fácil vivir aun mejor que antes de morir Sylvester. Y podría seguir firmando "Señora de".



---

## *La paridora*

Para Elaine, el matrimonio significaba hijos. El matrimonio significaba también otras muchas cosas, naturalmente, tales como crear un hogar, levantar la moral a su marido, ser una alegre compañera, todo eso. Pero sobre todo, hijos... para eso servía el matrimonio, ése era su sentido.

Elaine, cuando se casó con Douglas, se propuso convertirse en la criatura de su imaginación, y al cabo de cuatro meses lo había logrado. La casa deslumbraba por su limpieza y encanto, sus fiestas eran un éxito, y Douglas tuvo un pequeño ascenso en su empresa, la Compañía de Seguros Atenas. Sólo faltaba un detalle: Elaine no estaba embarazada. Una consulta a su médico corrigió este problema, ya que algo estaba desviado; pero pasaron tres meses más y Elaine aún no había concebido. ¿Sería culpa de Douglas? De mala gana, con cierta timidez, Douglas fue a ver al médico y éste declaró que estaba en perfectas condiciones. ¿Qué pasaba, entonces? Unas pruebas más minuciosas revelaron que el óvulo fertilizado (de hecho, al menos un óvulo había sido fertilizado) había viajado hacia arriba en lugar de hacia abajo, en aparente desafío a la fuerza de la gravedad, y en vez de desarrollarse en algún sitio, simplemente se había desvanecido.

—Debería levantarse de la cama y hacer el pino —le dijo a Douglas un bromista de la oficina, después de un par de copas a la hora de comer.

Douglas se rió cortésmente. Pero puede que hubiera algo de verdad en aquello. ¿No había dicho el médico algo semejante? Esa tarde, Douglas le sugirió a Elaine la idea del pino.

A eso de la medianoche, Elaine saltó de la cama y se puso cabeza abajo, los pies contra la pared. Su cara adquirió un tono rosa fuerte. Douglas se alarmó, pero Elaine aguantó como una espartana, hasta que, después de casi diez minutos, acabó derrumbándose.

Así nació su primer hijo, Edward. Edward echó a rodar la bola, y algo menos de un año después llegaron las gemelas. Los padres de Elaine y de Douglas estaban encantados. Ser abuelos era para ellos una alegría tan grande como lo había sido convertirse en padres, y ambos matrimonios dieron una fiesta para celebrarlo. Tanto Douglas como Elaine eran hijos únicos, así que los abuelos se sentían felices de que continuara su descendencia. Elaine ya no tenía que hacer el pino. Diez meses más tarde nació un segundo hijo, Peter. Después vino Philip y luego, Madeleine.

Con ésta había ya seis niños pequeños en la casa, y Elaine y Douglas tuvieron que trasladarse a un apartamento algo mayor, que tenía una habitación más. Se mudaron precipitadamente, sin darse cuenta de que el casero no era muy aficionado a los niños (le habían mentido diciéndole que tenían cuatro), especialmente a los pequeñitos, que berreaban por la noche. Al cabo de seis meses les pidió que se marcharan..., puesto que era evidente que Elaine tendría pronto otro hijo. A estas alturas, Douglas se encontraba en apuros económicos, pero sus padres le regalaron 2.000 dólares y los de Elaine aportaron 3.000 para que dieran la entrada de una casa a quince minutos de coche de la oficina de Douglas.

—Me alegro de que tengamos casa propia, cariño —le dijo a Elaine—. Pero tenemos que controlar hasta el último céntimo si queremos pagar la hipoteca. Yo creo que, al menos durante algún tiempo, no deberíamos tener más hijos. Siete, después de todo...

El pequeño Thomas ya había nacido. Elaine había dicho desde el principio que la planificación familiar sería asunto suyo, no de Douglas.

—Lo comprendo, Douglas. Tienes toda la razón.

Desgraciadamente, Elaine reveló un oscuro día de invierno que estaba embarazada otra vez.

—No me lo puedo explicar. Como sabes, estoy tomando la píldora.

Eso era lo que Douglas había supuesto, ciertamente. Se quedó sin habla durante unos minutos. ¿Cómo se las iban a arreglar? Ya había notado que Elaine estaba embarazada, pero llevaba días

tratando de convencerse de que eran sólo imaginaciones suyas, causadas por la preocupación. Los padres de ambos ya les hacían regalos de cumpleaños de cincuenta o cien dólares —y con nueve cumpleaños en la familia, había cumpleaños con mucha frecuencia— y él sabía que no les era posible contribuir con más. Era asombroso cuánto dinero gastaban solamente en zapatos para siete críos. Sin embargo, cuando Douglas vio la beatífica y satisfecha sonrisa de Elaine, apoyada en las almohadas de la cama del hospital, con un niño en un brazo y una niña en el otro, no pudo lamentar estos nacimientos, que hacían el número nueve de sus hijos. Pero sólo llevaban algo más de siete años casados. Y si esto seguía así...

Una mujer de su círculo de amistades comentó:

—¡Oh, Elaine se queda embarazada cada vez que Douglas la mira!

A Douglas no le divirtió el cumplido implícito a su virilidad.

—¡Entonces deberían hacer el amor con la luz apagada! contestó el gracioso de la oficina—. ¡Ja, ja, ja! Está claro que la única razón es que Douglas la está mirando.

—¡Esta noche no la mires ni de refilón, Doug! —gritó alguien, y hubo grandes carcajadas.

Elaine sonrió dulcemente. Ella imaginaba —no, estaba segura— que las otras mujeres la envidiaban. Las mujeres sin hijos, o con un solo hijo, no eran más que bolsas de judías secas, en su opinión. Bolsas de judías verdes secas.

Las cosas fueron de mal en peor, desde el punto de vista de Douglas. Hubo, sí, un intervalo de seis meses durante el cual Elaine estuvo tomando la píldora y no se quedó embarazada, pero, de pronto, lo estuvo otra vez.

—No puedo entenderlo —le dijo a Douglas y a su médico.

Era verdad que Elaine no podía entenderlo, porque se había olvidado de que había olvidado acordarse de tomar la píldora... fenómeno que el médico había encontrado antes.

El médico no hizo ningún comentario. Sus labios estaban sellados por la ética.

Como si fuese en venganza porque Elaine se hubiera apartado de la fecundidad por algún tiempo, por haber intentado ponerle una tapadera al cuerno de la abundancia, la naturaleza le arrojó quintillizas. Douglas no pudo ni enfrentarse a la perspectiva del hospital y se pasó cuarenta y ocho horas en la cama. Después tuvo una idea: llamaría a algunos periódicos y les pediría una cantidad por entrevistas y también por las fotografías que quisieran hacer a las quintillizas. Dio dolorosos pasos en este sentido, ya que tal explotación era contraria a su carácter. Pero los periódicos no picaron. Muchísima gente tenía quintillizos hoy en día, le dijeron. Los sextillizos podrían interesarles, pero los quintillizos, no. Harían una foto, pero no pagarían nada. La foto sólo sirvió para que recibieran propaganda de las organizaciones de planificación familiar y cartas desagradables, o abiertamente insultantes, de ciudadanos particulares que les decían hasta qué punto contribuían a la

polución. Los periódicos habían mencionado que tenían catorce hijos después de unos ocho años de matrimonio.

Puesto que al parecer la píldora no servía, Douglas propuso hacerse algo él. Elaine se mostró radicalmente contraria a ello.

—¡Pero entonces no sería lo mismo! —gritó.

—Querida, todo sería lo mismo. Excepto...

Elaine le interrumpió. No llegaron a ninguna parte.

Tuvieron que mudarse una vez más. La casa era lo bastante grande para dos adultos y catorce niños, pero los gastos añadidos que suponían las quintillizas hacían imposibles los pagos de la hipoteca. Así que Douglas y Elaine y Edward, Susan y Sarah, Peter, Thomas, Philip y Madeleine, los gemelos Ursula y Paul y las quintillizas Louise, Pamela, Helen, Samantha y Brigid se trasladaron a una casa de alquiler... término legal dado a cualquier construcción que albergara a más de dos familias, pero que en el lenguaje común significaba un suburbio; eso es exactamente lo que era. Ahora vivían rodeados de familias que tenían casi tantos hijos como ellos.

Douglas, que a veces se traía trabajo a casa, se taponaba los oídos con algodón y pensaba que se iba a volver loco. "No hay peligro de que me vuelva loco si pienso que me estoy volviendo loco", se decía a sí mismo, intentando animarse. Elaine, después de todo, estaba tomando la píldora otra vez.

Pero se quedó embarazada de nuevo. A estas alturas los abuelos ya no estaban tan encantados. Resultaba evidente que el número de vástagos había hecho descender el nivel de vida de Douglas y Elaine; lo cual era la última cosa que deseaban los abuelos. Douglas vivía en un ardiente resentimiento contra el destino y con una desesperada esperanza de que sucediera algo, algo desconocido y quizá imposible, mientras veía a Elaine engordar día a día. ¿Sería posible que fueran quintillizos otra vez? Aterradora idea. ¿Qué pasaba con la píldora? ¿Era Elaine una excepción a las leyes de la química? Douglas daba vueltas en su cabeza a la ambigua respuesta del médico cuando le hizo esta pregunta. El médico fue tan vago al respecto que Douglas había olvidado no sólo sus palabras, sino hasta el sentido de lo que dijo. De todas formas, ¿quién podía pensar con tanto ruido? Enanitos con pañales tocaban diminutos xilofones y soplaban en una gran variedad de cuernos y silbatos. Edward y Peter se

peleaban por montar el caballito. Todas las niñas rompían a llorar por nada, esperando conseguir la atención y el respaldo de su madre. Philip era propenso a los cólicos. Todas las quintillizas estaban echando los dientes simultáneamente.

Esta vez fueron trillizos. ¡Increíble! En tres habitaciones del piso no había más que cunas y una cama individual en cada una, en la que dormían por lo menos dos niños. Si sus edades variaran más, pensaba Douglas, sería un poco más tolerable, pero la mayoría de ellos todavía gateaban por el suelo, y al abrir la puerta del piso uno creía haber entrado en una guardería por equivocación. Pero no. Los diecisiete eran obra suya. Los nuevos trillizos se balanceaban en un ingenioso corralito suspendido del techo, porque no quedaba nada de espacio en el suelo. Se les alimentaba y se les cambiaban los pañales a través de los barrotes, lo cual hacía pensar a Douglas en un zoológico.

Los fines de semana eran un infierno. Sus amigos simplemente no aceptaban ya sus invitaciones. ¿Quién podía reprochárselo? Elaine tenía que pedir a los invitados que hablaran muy bajo, y aun así, algo despertaba siempre a alguno de los pequeños antes de las nueve de la noche, y entonces todos empezaban a berrear, incluso los de siete y ocho años que querían participar en la fiesta. Por lo tanto, su vida social era nula, y más valía así, porque no tenían dinero para fiestas.

—Pero yo me siento realizada, cariño —dijo Elaine, poniendo una mano tranquilizadora en la frente de Douglas, que estaba sentado estudiando unos papeles de la oficina, un domingo por la tarde.

Douglas, sudando a causa de los nervios, estaba trabajando en un rinconcito de lo que llamaban el cuarto de estar. Elaine estaba a medio vestir, lo cual era habitual en ella, porque cuando se estaba vistiendo siempre la interrumpía algún niño para pedir algo, y además Elaine estaba aún criando a los últimos. De repente, a Douglas se le ocurrió algo, se levantó y salió para ir al teléfono más próximo. El y Elaine no tenían teléfono y habían tenido que vender el coche.

Douglas llamó a una clínica y se informó sobre la vasectomía. Le dijeron que había una lista de espera de cuatro meses, si quería que la operación fuese gratuita. Douglas dijo que sí y dio su nombre. Mientras tanto, se imponía la castidad. Tampoco era ningún sacrificio. ¡Dios mío! ¡Diecisiete ya! En la oficina Douglas mantenía la cabeza baja. Hasta las bromas se habían agotado. Sentía que la gente le compadecía y que evitaban el tema de los hijos. Solamente Elaine era feliz. Parecía estar en otro mundo. Incluso había empezado a hablar como los niños. Douglas contaba los días que faltaban para la operación. Se la iba a hacer sin decirle nada a Elaine. Llamó una semana antes para confirmar la fecha y le dijeron que tendría que esperar otros tres meses, porque la persona que le había dado la cita debía haberse equivocado.

Douglas colgó violentamente. El problema no era la abstinencia, era sólo su condenada mala suerte, sólo la lata de esperar otros tres meses. Tenía un miedo irracional a que Elaine se quedara embarazada otra vez por sí misma.

—¡Mírala! —chilló Douglas al vacío—. ¡La imagen de la maternidad cuando apenas puede andar!

Arrebató la muñeca del cochecito de juguete y la arrojó por la ventana.

—¡Doug! ¡Qué te ocurre?

Elaine corrió hacia él con un seno desnudo y el pequeño Charles pegado a él como una lamprea.

Douglas atravesó de un puntapié el costado de una cuna, luego agarró el caballito y lo estrelló contra la pared. De una patada lanzó la casa de muñecas por los aires y cuando cayó la aplastó de un pisotón.

—¡Maaa—mááá!

—¡Paaa—pááá!

—¡Uuu—uuu!

—¡Buu—juuu—uu—juu—u! —partiendo de media docena de gargantas.

Ahora había un espantoso bullicio, por lo menos quince niños estaban gritando, además de Elaine. Los juguetes eran el objetivo de Douglas. Pelotas de todos los tamaños salieron volando a través de los cristales de las ventanas, seguidas de silbatos de plástico y pianitos, coches y teléfonos, luego, osos de peluche, sonajeros, pistolas, espadas de goma y tirachinas, anillos de dentición y rompecabezas. Estrujó dos biberones y se rió con regocijo de lunático mientras la leche salía a chorros por las tetinas. La expresión de Elaine pasó de la sorpresa al horror. Se asomó por una ventana rota y gritó.

Douglas tuvo que ser apartado de una construcción de juguete que estaba destrozando con la pesada base de un tentempié en forma de payaso. Un interno le dio un golpe en el cuello que le dejó inconsciente. Al volver en sí, Douglas se encontró en una celda acolchada. Exigió una vasectomía. Le pusieron una inyección. Cuando se despertó, volvió a vociferar pidiendo una vasectomía. Le concedieron su deseo ese mismo día.

Entonces se sintió mejor, más tranquilo. Estaba lo bastante cuerdo, sin embargo, para darse cuenta de que, por así decirlo, su mente estaba "ida". Era consciente de que no quería hacer nada. No quería ver a ninguno de sus viejos amigos, a todos los cuales sentía que había perdido, en cualquier caso. Tampoco deseaba especialmente seguir viviendo. Vagamente recordaba que era objeto de burla por haber engendrado diecisiete hijos en muchos menos años que éstos. ¿O eran diecinueve? ¿O veintiocho? Había perdido la cuenta.

Elaine vino a verle. ¿Estaba otra vez embarazada? No. Imposible. Era sólo que estaba acostumbrado a verla embarazada. Parecía remota. Ella estaba realizada, recordó Douglas.

—Ponte otra vez cabeza abajo. Invierte el proceso —le dijo Douglas con una sonrisa estúpida.

—Está loco —le dijo Elaine al interno, desesperanzada, y se alejó calmamente.

---

## *Un objeto de cama transportable*

Hay montones de chicas como Mildred, sin hogar, pero nunca sin techo... Generalmente, el techo de una habitación de hotel; a veces, el de un apartamento de soltero; el de la cabina de un yate, si hay suerte, o el de una tienda de campaña o una caravana. Estas chicas son objetos de cama, el tipo de cosa que se compra, como una botella de agua caliente, una plancha de viaje, un cepillo eléctrico para los zapatos, o cualquier otro lujo. Saber cocinar un poco es una ventaja para ellas, pero, ciertamente, no es necesario que hablen, en ningún idioma. Son también intercambiables, como las monedas de libre circulación o los cupones de respuesta postal internacionales. Su valor sube y baja, dependiendo de su edad y de su propietario actual.

Mildred consideraba que no era una vida desagradable, y si la hubiesen entrevistado, habría contestado con toda sinceridad: "Es interesante." Mildred nunca se reía, y únicamente sonreía cuando pensaba que debía ser educada. Medía un metro sesenta y siete, era más bien rubia, bastante esbelta, y tenía una cara agradable e inexpresiva con grandes ojos azules siempre muy abiertos. Más que andar se escabullía, con los hombros encogidos y las caderas un poco hacia adelante; la forma de andar de las modelos, según había leído en algún sitio. Esto le daba un aire lánguido y pacífico, caminando parecía una sonámbula. En la cama era un poco más vivaz, y este dato pasaba de boca en boca o, entre hombres que no hablaban el mismo idioma, se transmitía por medio de gestos y sonrisitas. Mildred conocía su trabajo y hay que reconocer que se dedicaba a él diligentemente.

Estuvo dando tumbos en la escuela hasta los catorce años, cuando todo el mundo, incluyendo a sus padres, juzgaron que no tenía sentido que continuara. Se casaría pronto, pensaron sus padres. Pero Mildred se escapó de casa, o, más bien, se la llevó un vendedor de coches cuando apenas tenía quince años. Bajo la dirección del vendedor, escribió cartas tranquilizadoras a su casa, diciendo que trabajaba como camarera en una ciudad cercana y que vivía en un piso con otras dos chicas.

A los dieciocho, Mildred ya había estado en Capri, Méjico, París, y hasta en Japón, y varias veces en Brasil, donde los hombres la abandonaban generalmente, ya que a menudo iban huyendo de algo. Había sido el segundo premio, por así decirlo, de un Presidente electo americano la noche de su victoria. En Londres había sido prestada durante dos días a un jeque árabe, el cual la recompensó con una copa de oro bastante rara, que ella perdió más tarde; no es que le gustara la copa, pero debía valer una fortuna, y con frecuencia lamentaba su pérdida. Sí alguna vez deseaba cambiar de hombre, no tenía más que ir sola a un bar de lujo de Río o de cualquier ciudad y ligarse a otro que estaría encantado de incluirla en su cuenta de gastos, y así volvía a América, o a Alemania, o a Suecia. A Mildred le tenía sin cuidado el país en el que estaba.

Una vez la olvidaron en la mesa de un restaurante, del mismo modo que se deja un encendedor. Mildred se dio cuenta, pero Herb tardó unos treinta minutos que resultaron ligeramente inquietantes para Mildred, aunque ella nunca se preocupaba de verdad por nada. Pero se volvió al hombre que estaba sentado junto a ella —era una comida de negocios, cuatro hombres y cuatro chicas— y le dijo:

—Pensé que Herb había ido solamente al servicio...

—¿Qué? —dijo el hombre robusto, que era americano—. Oh. Volverá. Hemos tenido que discutir asuntos desagradables. Herb está disgustado.

El americano sonrió comprensivo. Tenía a su chica al otro lado, una a la que se había ligado la noche anterior. Las chicas no habían abierto la boca, excepto para comer.

Herb volvió y recogió a Mildred, y se fueron al hotel. Herb estaba absolutamente sombrío porque había llevado la peor parte en el trato. Esa tarde los abrazos de Mildred no consiguieron levantar el ánimo ni el orgullo de Herb, y esa noche la cambió por otra. El nuevo guardián de

Mildred era Stanley, de unos treinta y cinco años y regordete, como Herb. El intercambio tuvo lugar a la hora del aperitivo, mientras Mildred sorbía con una pajita un alexander, como de costumbre. Herb se llevó a la chica de Stanley, una estúpida rubia con el pelo artificialmente rizado. El rubio también era artificial, aunque un buen trabajo, observó Mildred, que era una experta en cuestiones de maquillaje y peinados. Mildred regresó fugazmente al hotel para hacer la maleta, y luego pasó la noche con Stanley. Este apenas le dirigió la palabra, pero sonrió mucho e hizo muchas llamadas telefónicas. Esto sucedía en Des Moines.

Con Stanley, Mildred fue a Chicago, donde él tenía un pequeño piso en propiedad, más una esposa que vivía en una casa en algún sitio, según le dijo. A Mildred no le preocupaba la esposa. Solamente una vez en su vida había tenido que enfrentarse con una esposa difícil que entró violentamente en un piso. Mildred blandió un cuchillo de trinchar y la esposa huyó. Generalmente las esposas se quedaban sin habla, luego la miraban con desprecio y se marchaban, evidentemente con la intención de vengarse de sus maridos. Stanley estaba fuera todo el día y no le dejaba mucho dinero, lo cual era un fastidio. Mildred no pensaba quedarse mucho tiempo con él, si podía remediarlo. Ella había abierto una vez una cuenta de ahorros en un banco en alguna parte, pero había perdido la cartilla y había olvidado el nombre de la ciudad donde estaba el banco.

Pero antes de que Mildred pudiera hacer una hábil maniobra para apartarse de Stanley, se encontró traspasada. Esto fue un golpe para ella. Un economista hubiese sacado conclusiones sobre la moneda que se da, y también las sacó Mildred. Comprendió que Stanley salió ganando un poco en el trato que hizo con el hombre llamado Louis, a quien le dio a Mildred, y sin embargo...

Sólo tenía veintitrés años. Pero Mildred sabía que ésa era la edad peligrosa y que más le valía jugar sus cartas con cuidado de ahora en adelante. Dieciocho era la edad cumbre, y ella la superaba en cinco años. ¿Y qué había conseguido en ese tiempo? Un brazalete de diamantes que los hombres miraban con codicia y que había tenido que desempeñar dos veces con ayuda de algún nuevo hijo de puta. Un abrigo de visón, la misma historia. Una maleta con un par de vestidos buenos. ¿Qué es lo que quería? Pues quería continuar con la misma vida pero con una sensación de mayor seguridad. ¿Qué haría si se encontrara realmente entre la espada y la pared? Si le dieran la patada, en vez de traspasarla, y tuviese que irse a un bar y aun así no pudiera conseguir más que un ligue de una noche? Bueno, tenía algunas direcciones de antiguos amigos y siempre podía escribirles y amenazarles con hablar de ellos en sus memorias, diciendo que un editor estaba interesado en ellas. Pero Mildred había

hablado con chicas de veinticinco años o más que habían amenazado con escribir memorias si no les pasaban una pensión vitalicia, y sólo sabía de una que lo hubiese logrado. Generalmente, decían las chicas, lo único que sacaban era que se riesen de ellas, o un "Adelante, escríbelas", en vez de dinero.

Por lo tanto, durante unos días, Mildred sacó todo el partido posible a su estancia con el gordo y viejo Louis.

El tenía un bonito gato atigrado con el que Mildred se encariñó, pero lo más aburrido era que el apartamento tenía una sola habitación y cocinita y era lóbrego. Louis tenía buen carácter, pero era tacaño. A Mildred también le resultaba incómodo tener que salir a escondidas cuando iban a cenar fuera (lo cual sucedía raras veces, porque Louis esperaba de ella que cocinara y además hiciera un poco de limpieza), y que Louis le pidiera que se ocultara en la cocinita sin hacer el menor ruido cuando recibía gente para hablar de negocios. Louis vendía pianos al por mayor. Mildred ensayaba el discurso que iba a hacerle pronto: "Espero que comprendas que no tienes ningún poder sobre mí, Louis... Yo soy una chica que no está acostumbrada a trabajar, ni siquiera en la cama..."

Pero antes de que tuviese la oportunidad de soltarle su discurso, que hubiera sido fundamentalmente una petición de más dinero, porque sabía que Louis tenía mucho bien guardado, una noche fue regalada a un joven vendedor. Después de que todos hubieran terminado de cenar en un restaurante de carretera, Louis dijo sencillamente:

—Dave, ¿por qué no te llevas a Mildred a tu casa para tomar una copa? Yo tengo que acostarme temprano —y le hizo un guiño.

Dave sonrió, radiante. Era bastante guapo, pero vivía en una caravana. ¡Dios mío! Mildred no tenía intención de convertirse en una gitana, darse baños de esponja y soportar retretes portátiles. Estaba acostumbrada a buenos hoteles con servicio de habitación día y noche. Puede que Dave fuera joven y ardiente, pero eso a Mildred le importaba un bledo. Los hombres decían que las mujeres eran todas iguales, pero en su opinión, era aún más cierto que todos los hombres eran iguales. Todos querían la misma cosa. Las mujeres por lo menos querían abrigos de pieles, buenos perfumes, unas vacaciones en las Bahamas, un crucero por alguna parte, joyas, en fin, un montón de cosas.

Una noche cuando estaba con Dave en una cena de negocios (era distribuidor de pianos, aunque Mildred nunca había visto un piano en la caravana), Mildred conoció a un tal Mr. Zupp, a quien llamaban Sam, que había invitado a Dave a un restaurante de lujo. Inspirada por tres alexanders, Mildred coqueteó descaradamente con Sam, el cual no dejó de responder por debajo de la mesa, y Mildred anunció sencillamente que se marchaba con Sam. Dave se quedó con la boca abierta y empezó a hacer una escena, pero Sam—mayor y más seguro de sí mismo—, muy diplomáticamente, le insinuó que habría un escándalo si llegaban a las manos, y Dave se achantó.

Esto supuso un gran ascenso. Sam y Mildred volaron a París en seguida, luego a Hamburgo. Mildred se compró ropa nueva. Las habitaciones de los hoteles eran magníficas. Mildred nunca sabía de un día para otro en qué ciudad estarían.

Este sí que era un hombre cuyas memorias valdrían dinero, si ella lograra saber a qué se dedicaba. Pero cuando hablaba por teléfono lo hacía en código, o en yiddish, o en ruso, o en árabe. Mildred nunca había oído unos idiomas tan desconcertantes y nunca conseguía averiguar qué era exactamente lo que vendía. La gente tenía que vender algo, ¿no? O comprar algo, y si compraban algo tenía que haber una fuente de dinero, ¿no? Así que, ¿cuál era la fuente de dinero? Algo le decía a Mildred que pronto sería su hora de retirarse. Sam Zupp parecía haber sido enviado por la Providencia. Se puso a trabajarle, intentando ser útil.

—No me importaría sentar la cabeza —dijo.

—Yo no soy de los que se casan —respondió él con una sonrisa.

No era eso lo que ella quería decir. Ella quería decir un dinerito para el porvenir, y luego él podía decir adiós, si lo deseaba. Pero, ¿no harían falta unos cuantos dineritos para reunir un dinero considerable? ¿Tendría que pasar de nuevo por todo esto con futuros Sam Zupp? La mente de Mildred se tambaleó a causa del esfuerzo de contemplar un futuro tan lejano, pero no parecía haber duda de que debería aprovecharse de Mr. Zupp, por lo menos ahora que lo tenía.

Estas ideas, o planes, frágiles como telas de araña rotas, fueron barridas por los acontecimientos de los días siguientes a la mencionada conversación.

Repentinamente Sam Zupp tenía que huir. Durante unos días volaron en asientos separados, para que pareciera que no viajaban juntos. En una ocasión oyeron las sirenas de la policía tras ellos, cuando el coche con chófer alquilado por Sam ascendía a toda carrera por una carretera alpina que conducía a Ginebra. O puede que a Zurich. Mildred estaba en su elemento, asistiendo a Sam con pañuelos mojados en agua de colonia sacando de su bolso un sandwich de jamón cuando él tenía hambre o una petaca de coñac si tenía palpitations. Mildred se veía como una de las heroínas que había visto en las películas —buenas películas— de hombres que huían con sus chicas de la espantosa e injustamente bien armada policía.

Sus fantasías de aventuras románticas fueron breves. Debió ser en Holanda —la mitad del tiempo, Mildred no sabía dónde estaba—, cuando el coche conducido por el chófer se detuvo de pronto con un chirrido de frenos exactamente como en las películas, y entre el chófer y Sam envolvieron a Mildred como a una momia en una rígida y pesada lona y la ataron con cuerdas. Luego la arrojaron a un canal y se ahogó.

Nadie volvió a saber nada de Mildred. Nadie la encontró nunca. Si la hubiesen encontrado no hubiese habido medios de identificación inmediata, porque Sam llevaba su pasaporte y su bolso había quedado en el coche. La habían tirado como se tira un encendedor irrellenable cuando está agotado, como un libro de bolsillo que ya se ha leído y que se convierte en exceso de equipaje. Nadie se preocupó por la ausencia de Mildred. La veintena aproximada de personas que la conocían y la recordaban, también ellas repartidas por el mundo, pensaron simplemente que vivía en otro país o en otra ciudad. Un día, suponían, aparecería por algún bar, o en el vestíbulo de algún hotel. Pronto la olvidaron.



---

## *La perfecta señorita*

Theodora, o Thea como la llamaban, era la perfecta señorita desde que nació. Lo decían todos los que la habían visto desde los primeros meses de su vida, cuando la llevaban en un cochecito forrado de raso blanco. Dormía cuando debía dormir. Al despertar, sonreía a los extraños. Casi nunca mojaba los pañales. Fue facilísimo enseñarle las buenas costumbres higiénicas y aprendió a hablar extraordinariamente pronto. A continuación, aprendió a leer cuando apenas tenía dos años. Y siempre hizo gala de buenos modales. A los tres años empezó a hacer reverencias al ser presentada a la gente. Se lo enseñó su madre, naturalmente, pero Thea se desenvolvía en la etiqueta como un pato en el agua.

—Gracias, lo he pasado maravillosamente —decía con locuacidad, a los cuatro años, inclinándose en una reverencia de despedida al salir de una fiesta infantil. Volvía a su casa con su vestidito almidonado tan impecable como cuando se lo puso. Cuidaba muchísimo su pelo y sus uñas. Nunca estaba sucia, y cuando veía a otros niños corriendo y jugando, haciendo flanes de barro, cayéndose y pelándose las rodillas, pensaba que eran completamente idiotas. Thea era hija única. Otras madres más ajetreadas, con dos o tres vástagos que cuidar, alababan la obediencia y la limpieza de Thea, y eso le encantaba. Thea se complacía también con las alabanzas de su propia madre. Ella y su madre se adoraban.

Entre los contemporáneos de Thea, las pandillas empezaban a los ocho, nueve o diez años, si se puede usar la palabra pandilla para el grupo informal que recorría la urbanización en patines o bicicletas. Era una típica urbanización de clase media. Pero si un niño no participaba en las partidas de "póker loco" que tenían lugar en el garaje de algunos de los padres, o en las correrías sin destino en bicicleta por las calles residenciales, ese niño no contaba. Thea no contaba, por lo que respecta a la pandilla.

—No me importa nada, porque no quiero ser uno de ellos —les dijo a sus padres.

—Thea hace trampas en los juegos. Por eso no queremos que venga con nosotros —dijo un niño de diez años en una de las clases de Historia del padre de Thea.

El padre de Thea, Ted, enseñaba en una escuela de la zona. Hacía mucho tiempo que sospechaba la verdad, pero había mantenido la boca cerrada, confiando en que la cosa mejorara. Thea era un misterio para él. ¿Cómo era posible que él, un hombre tan normal y laborioso, hubiese engendrado una mujer hecha y derecha?

—Las niñas nacen mujeres —dijo Margot, la madre de Thea—. Los niños no nacen hombres. Tienen que aprender a serlo. Pero las niñas ya tienen un carácter de mujer.

—Pero eso no es tener carácter —dijo Ted—. Eso es ser intrigante. El carácter se forma con el tiempo. Como un árbol.

Margot sonrió, tolerante, y Ted tuvo la impresión de que hablaba como un hombre de la edad de piedra, mientras que su mujer y su hija vivían en la era supersónica.

Al parecer, el principal objetivo en la vida de Thea era hacer desgraciados a sus contemporáneos. Había contado una mentira sobre otra niña, en relación con un niño, y la chiquilla había llorado y casi tuvo una depresión nerviosa. Ted no podía recordar los detalles, aunque sí había comprendido la historia cuando la oyó por primera vez, resumida por Margot. Thea había logrado echarle toda la culpa a la otra niña. Maquiavelo no lo hubiera hecho mejor.

—Lo que pasa es que ella no es una golfilla —dijo Margot—. Además, puede jugar con Craig, así que no está sola.

Craig tenía diez años y vivía tres casas más allá. De lo que Ted no se dio cuenta al principio es de que Craig también estaba aislado, y por la misma razón. Una tarde, Ted observó cómo uno de

los chicos de la urbanización hacía un gesto grosero, en ominoso silencio, al cruzarse con Craig por la acera.

—¡Gusano! —respondió Craig inmediatamente.

Luego echó a correr, por si el chico le perseguía, pero el otro se limitó a volverse y decir:

—¡Eres un mierda, igual que Thea!

No era la primera vez que Ted oía tales palabras en boca de los chicos, pero tampoco las oía con frecuencia y se quedó impresionado.

—Pero, ¿qué hacen solos, Thea y Craig? —le preguntó a su mujer.

—Oh, dan paseos. No sé —dijo Margot—. Supongo que Craig está enamorado de ella.

Ted ya lo había pensado. Thea poseía una belleza de cromo que le garantizaría el éxito entre los muchachos cuando llegara a la adolescencia y, naturalmente, estaba empezando antes de tiempo. Ted no tenía ningún temor de que hiciera nada indecente, porque pertenecía al tipo de las provocativas y básicamente puritanas.

A lo que se dedicaban Thea y Craig por entonces era a observar la excavación de un refugio subterráneo con túnel y dos chimeneas en un solar a una milla de distancia aproximadamente. Thea y Craig iban allí en bicicleta, se ocultaban detrás de unos arbustos cercanos y espiaban riéndose por lo bajo. Más o menos una docena de los miembros de la pandilla estaban trabajando como peones, sacando cubos de tierra, recogiendo leña y preparando patatas asadas con sal y mantequilla, punto culminante de todo este esfuerzo, alrededor de las seis de la tarde. Thea y Craig tenían la intención de esperar hasta que la excavación y la decoración estuvieran terminadas y luego se proponían destruirlo todo.

Mientras tanto a Thea y a Craig se les ocurrió lo que ellos llamaban "un nuevo juego de pelota", que era su clave para decir una mala pasada. Enviaron una nota mecanografiada a la mayor bocazas de la escuela, Veronica, diciendo que una niña llamada Jennifer iba a dar una fiesta sorpresa por su cumpleaños en determinada fecha, y por favor, díselo a todo el mundo, pero no se lo digas a Jennifer. Supuestamente la carta era de la madre de Jennifer. Entonces Thea y Craig se escondieron detrás de los setos y observaron a sus compañeros de colegio presentándose en casa de Jennifer, algunos vestidos con sus mejores galas, casi todos llevando regalos, mientras Jennifer se sentía cada vez más violenta, de pie en la puerta de su casa, diciendo que ella no sabía de la fiesta. Como la familia de Jennifer tenía dinero, todos los chicos habían esperado pasar una tarde estupenda.

Cuando el túnel, la cueva, las chimeneas y las hornacinas para las velas estuvieron acabadas, Thea y Craig fingieron tener dolor de tripas un día, en sus respectivas casas, y no fueron al colegio. Por previo acuerdo se escaparon y se reunieron a las once de la mañana en sus bicicletas. Fueron al refugio y se pusieron a saltar al unísono sobre el techo del túnel hasta que se hundió. Entonces rompieron las chimeneas y esparcieron la leña tan cuidadosamente recogida. Incluso encontraron la reserva de patatas y sal y la tiraron en el bosque. Luego regresaron a casa en sus bicicletas.

Dos días más tarde, un jueves que era día de clase, Craig fue encontrado a las cinco de la tarde detrás de unos olmos en el jardín de los Knobel, muerto a puñaladas que le atravesaban la garganta y el corazón. También tenía feas heridas en la cabeza, como si le hubiesen golpeado repetidamente con piedras ásperas. Las medidas de las puñaladas demostraron que se habían utilizado por lo menos siete cuchillos diferentes.

Ted se quedó profundamente impresionado. Para entonces ya se había enterado de lo del túnel y las chimeneas destruidas. Todo el mundo sabía que Thea y Craig habían faltado al colegio el martes en que había sido destrozado el túnel. Todo el mundo sabía que Thea y Craig estaban constantemente juntos. Ted temía por la vida de su hija. La policía no pudo acusar de la muerte de Craig a ninguno de los miembros de la pandilla, y tampoco podían juzgar por asesinato u homicidio a todo un grupo. La investigación se cerró con una advertencia a todos los padres de los niños del colegio.

—Sólo porque Craig y yo faltáramos al colegio ese mismo día no quiere decir que fuésemos juntos a romper ese estúpido túnel —le dijo Thea a una amiga de su madre, que era madre de uno de los miembros de la pandilla. Thea mentía como un consumado bribón. A un adulto le resultaba difícil desmentirla.

Así que para Thea la edad de las pandillas —a su modo— terminó con la muerte de Craig. Luego vinieron los novios y el coqueteo, oportunidades de traiciones y de intrigas, y un constante río, siempre cambiante, de jóvenes entre dieciséis y veinte años, algunos de los cuales no le duraron más de cinco días.

Dejamos a Thea a los quince años, sentada frente a un espejo, acicalándose. Se siente especialmente feliz esta noche porque su más próxima rival, una chica llamada Elizabeth, acaba de tener un accidente de coche y se ha roto la nariz y la mandíbula y sufre lesiones en un ojo, por lo que ya no volverá a ser la misma. Se acerca el verano, con todos esos bailes en las terrazas y fiestas en las piscinas. Incluso corre el rumor de que Elizabeth tendrá que ponerse la dentadura inferior postiza, de tantos dientes como se rompió, pero la lesión del ojo debe ser lo más visible. En cambio Thea escapará a todas las catástrofes. Hay una divinidad que protege a las perfectas señoritas como Thea.

---

## *La suegra silenciosa*

Esta suegra, Edna, ha oído todos los chistes sobre suegras y no tiene intención de ser el blanco de tales bromas, ni de caer en ninguna de las trampas tan abundantemente esparcidas en su camino. Lo primero de todo es que vive con su hija y su yerno, por lo que ha de ser doble o triplemente cuidadosa. Ni se le pasa por la cabeza criticar nada. Los jóvenes podrían volver a casa borrachos perdidos, y Edna nunca haría el menor comentario. Podrían fumar hierba (a veces lo hacen), pelearse y tirarse los trastos a la cabeza, y Edna no abriría la boca. Ha oído demasiadas cosas sobre las suegras que se entrometen, así que mantiene la boca cerrada. De hecho, lo más extraño de Edna es su silencio. Dice "Sí, gracias" cuando le ofrecen una segunda taza de café, y "Buenas noches, que durmáis bien", pero nada más.

La segunda característica notable de Edna es su economía. No sospecha en absoluto que esto les da cien patadas a Laura y a Brian, porque ellos también están intentando hacerlo lo mejor posible y tratando de ser amables, así que ni se les ocurriría decirle que su economía les da cien patadas. Entre otras cosas, porque es evidente que Edna disfruta economizando. Exhibe una enorme bola de cordel usado como otras suegras enseñarían una colcha hecha por ellas. Pone hasta la última pepita de naranja en una bolsa de plástico destinada al montón de estiércol. A Laura y a Brian les costaría unos trescientos dólares al mes mantener a Edna en un piso aparte. Edna tiene algún dinero, que aporta a la casa, pero si viviera sola, Laura y Brian tendrían que aportar más de lo que les cuesta ahora, así que dejan las cosas como están.

Edna tiene cincuenta y cinco años, es delgada y fuerte, con el pelo corto y rizado entremezclado de gris y negro. Debido a su costumbre de escurrirse por la casa haciendo cosas, tiene postura y andares de jorobada. Nunca está ociosa y raras veces se sienta. Cuando lo hace, generalmente es porque alguien se lo pide; entonces se arroja sobre una silla y cruza las manos con expresión atenta. Casi siempre tiene algo útil cocinando en el fuego, por ejemplo, puré de manzana, o ha empezado a limpiar el horno con algún producto químico, lo que significa que Laura no puede usar el horno durante por lo menos una hora.

Laura y Brian no tienen hijos todavía, porque son personas previsoras y en el fondo están intentando encontrar el modo de instalar a Edna airosa y cómodamente en algún sitio, aunque fuese a costa de ellos, y después pensarán en tener una familia. Todo esto causa tensión. Su casa es de dos plantas, en un barrio residencial a veinticinco minutos en coche de la ciudad donde Brian trabaja como ingeniero electrónico. Tiene buenas perspectivas de ascenso y estudia en casa en sus horas libres. Edna echa una mano en el jardín y corta el césped, así que Brian no tiene demasiado que hacer los fines de semana. Pero tiene la sensación de que Edna escucha a través de las paredes. La habitación de Edna es contigua a su dormitorio. Hay un desván sin calefacción, que a Brian y a Laura les gustaría hacer habitable, en donde Edna va guardando frascos de mermelada, cartones, cajones de madera, viejas cajas con adornos de Navidad, papeles de envolver y toda clase de cosas que pueden venir bien

algún día. Brian ya no puede entrar por la puerta sin tirar algo al suelo. Quiere echar un vistazo al desván para ver si resultaría muy difícil aislarlo y todo eso. Pero, de alguna manera, el desván se ha convertido en propiedad de Edna.

—Si al menos dijera algo... aunque fuese de vez en cuando —le dijo Brian a Laura un día—. Es como vivir con un robot.

Laura lo sabía. Había adoptado una aptitud supersimpática y charlatana con su madre en la esperanza de hacerla hablar.

—Pondré esto aquí, mmm, y el cenicero puede quedar aquí —decía Laura rondando por la casa.

Edna asentía y sonreía, tensa, para mostrar su aprobación y no decía nada, aunque siempre estaba dispuesta a ayudar.

El ambiente estaba destrozando los nervios de Brian. A menudo farfullaba maldiciones. Una noche, cuando estaban en una fiesta en una casa del barrio, a Brian se le ocurrió una idea. Le contó a Laura su plan y ella estuvo de acuerdo. Había tomado unas cuantas copas y Brian le hizo tomar otra.

Laura y Brian volvieron a casa después de la fiesta; se desnudaron en el coche, caminaron hasta la puerta principal y llamaron al timbre. Una larga espera. Se reían nerviosamente. Eran más de las dos de la mañana y Edna estaba en la cama. Finalmente, Edna llegó y abrió la puerta.

—¡Hola, hola, Edna! —dijo Brian, entrando a ritmo de vals.

—Buenas noches, mamá —dijo Laura.

Sofocada y horrorizada, Edna parpadeó, pero pronto se recobró lo suficiente para reír y sonreír cortésmente.

—Bueno, ¿no estás sorprendida? ¡Di algo! —gritó Brian, pero como ya no estaba tan borracho como Laura, cogió un almohadón del sofá y se lo puso delante para tapar su desnudez, odiándose a si mismo al hacerlo, porque era como si hubiese perdido el valor.

Laura estaba ejecutando un solo de ballet, completamente desinhibida.

Edna había desaparecido en la cocina. Brian la siguió y vio que estaba preparando café instantáneo.

—¡Escucha, Edna! —gritó—. Podrías hablarnos por lo menos, ¿no? Es bien sencillo, ¿no? Por favor, por amor de Dios, ¡dinos algo!

Continuaba apretando el almohadón contra su cuerpo, pero gesticulaba con la otra mano.

—¡Es verdad, mamá! —dijo Laura desde la puerta. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Su convicción la ponía histérica—. ¡Háblanos!

—Me parece vergonzoso, puesto que queréis que diga algo —dijo Edna, la frase más larga que había pronunciado desde hacía años—. ¡Borrachos y, encima, desnudos! ¡Estoy avergonzada de vosotros! Laura, coge un impermeable del recibidor, ¡coge cualquier cosa! Y tú..., ¡mi yerno! —Edna estaba chillando.

El agua de la cafetera estaba hirviendo. Edna pasó corriendo junto a Brian y subió a su habitación.

Ni Brian ni Laura recordaron bien las horas que siguieron. Si esperaban haber roto el silencio de Edna definitivamente, pronto descubrieron que estaban equivocados. A la mañana siguiente, domingo, Edna estaba tan silenciosa como siempre, aunque sonreía un poco, casi como si no hubiese pasado nada.

El lunes Brian fue a trabajar, como de costumbre, y al volver a casa, Laura le dijo que Edna había estado desacostumbradamente atareada todo el día. También había estado silenciosa.

—Creo que está avergonzada de sí misma —dijo Laura—. Ni siquiera quiso comer conmigo.

Brian averiguó que Edna había estado apilando leña, limpiando la barbacoa, pelando manzanas verdes, cosiendo, sacando brillo a los metales, buscando en un gran cubo de basura Dios sabe qué.

—¿Qué está haciendo ahora? —preguntó Brian, ligeramente alarmado.

En ese mismo momento lo supo, Edna estaba en el desván. Algún que otro crujido de las maderas les llegaba desde arriba, o un clank cuando dejaba en el suelo una caja con frascos de cristal o algo así.

—Deberíamos dejarla en paz de momento —dijo Brian, sintiéndose muy varonil y sensato.

Laura estuvo de acuerdo.

No vieron a Edna a la hora de la cena. Ellos se fueron a la cama. Al parecer, Edna trabajó durante toda la noche, a juzgar por los ruidos que se oían en las escaleras y en el desván. Cerca del amanecer, sonó un terrible estrépito, contra el cual Brian había advertido alguna vez a Laura: el suelo del desván estaba hecho de listones, simplemente clavados a las vigas, realmente. Edna cayó

por el agujero del suelo, junto con frascos de mermelada, cajones de embalaje, conservas de frambuesa, mecedoras, un sofá viejo, un baúl y una máquina de coser. ¡Crash, bang tink!

Brian y Laura, que habían estado encogidos en su cama, saltaron de inmediato para rescatar a Edna del derrumbamiento, pero antes de que la tocaran ya sabían que todo había terminado. La pobre Edna estaba muerta. Quizá no había muerto a causa de la caída tan siquiera, pero estaba muerta. Ese fue el ruidoso fin de la silenciosa suegra de Brian.

---

## *La ñoña*

Sharon jamás se consideraría, y nunca se había considerado, una ñoña. Se consideraba sencillamente respetable. Su madre siempre le había dicho: "Sé pura en todo", y cuando Sharon alcanzó la adolescencia, su madre resaltó la importancia de llegar virgen al matrimonio. "¿Qué otra cosa puede ofrecer una mujer a un hombre?", era la pregunta retórica de su madre. Así lo hizo Sharon, y dio la casualidad, o puede que fuese un destino inevitable, de que su marido, Matthew, también llegó virgen al matrimonio. Cuando Sharon le conoció, Matthew era un estudiante de Derecho muy aplicado.

Ahora, Matthew era un abogado muy trabajador, y él y Sharon tenían tres hijos, Gwen, Penny y Sybille, de edades comprendidas entre los veinte y los dieciséis. Sharon siempre les había dicho a sus amigas: "Las llevaré vírgenes al altar, aunque sea lo último que haga". Algunas de las amigas pensaban que Sharon estaba anticuada, otras pensaban que sus esperanzas eran vanas en los tiempos que corrían. Pero ninguna tuvo el valor de decirle a Sharon que estaba malgastando sus energías, o incluso que quizá estaba condenada a la decepción. Después de todo, la actitud de Matthew y Sharon era asunto suyo, y la verdad es que sus hijas eran unas jovencitas modélicas. Eran educadas, atractivas y buenas estudiantes.

—Sabe, las vírgenes son un rollo —le dijo el novio de Gwen a Sharon, aunque en tono respetuoso.

Toby era un joven brillante y laborioso que estudiaba Medicina. Tenía veintitrés años y asistía a la misma universidad que Gwen, a setenta kilómetros de allí. Había traído dos recortes de revistas femeninas, pensando que impresionarían a la madre de Gwen (a quien, acertadamente, suponía el origen de los escrúpulos de Gwen). También había traído un recorte de periódico sobre el mismo tema escrito por un sociólogo. Los autores de estos argumentos tenían puestos de responsabilidad en los negocios y en las profesiones liberales, no eran simples progres, señaló Toby.

—Verá, no hay razón para que una chica tenga que llevarse una desagradable sorpresa cuando se casa. Debería aprender algo antes, y el muchacho también. De lo contrario, si ambos son vírgenes, puede resultar una experiencia difícil y hasta embarazosa para los dos.

Sharon permaneció en silencio, horrorizada, durante más de un minuto. Su primer impulso fue decirle a Toby que se fuera. Puso los recortes a un lado, en una mesita, como si hasta el papel en que estaban impresos fuese asqueroso. Era evidente para Sharon que lo único que Toby quería era eso, pese a que hasta ahora le había hablado de matrimonio a Gwen. Incluso había hablado con Matthew, y aunque no habían anunciado el compromiso en los periódicos, Sharon y su marido lo consideraban oficial. La boda se celebraría el próximo mes de junio, después de que Gwen acabase sus estudios. Sharon consiguió sonreír levemente.

—Supongo que después de que te hayas... aprovechado de mi hija, no te interesará casarte con ella, ¿verdad?

Toby se inclinó hacia adelante, deseando ponerse en pie, pero no lo hizo.

—Estoy seguro de que usted lo cree así, pero está muy equivocada. Si alguien no quiere casarse, puede que sea Gwen... pero tiene perfecto derecho a saber con quién se casa. Podría ser que yo no le gustara. Es mejor que lo descubra antes, ¿no?

No, pensó Sharon. Cásate y aguántate y saca el mayor partido que puedas, ése era su credo. Era rebajar sus normas... No encontraba las palabras precisas, aunque estaba segura de tener razón.

—Creo que quizá Gwen no sea la chica adecuada para ti —dijo finalmente.

La cara de Toby se ensombreció de aturdimiento.

—Muy bien. No discutiré más. Lamento haberlo discutido.

Recogió cuidadosamente sus recortes.

Gwen se había quedado en el jardín, discretamente, durante esta entrevista. A la hora de la cena tenía la cara larga. Era verano, y las tres hijas estaban en casa. No se mencionó el asunto. Toby no volvió a la casa en las dos semanas que quedaban de vacaciones, pero Sharon supuso que Gwen seguía viéndole. Cuando llegaron las vacaciones de Navidad y Gwen volvió de la universidad, le comunicó a su madre que había perdido la virginidad con Toby. Gwen estaba radiante, aunque ocultaba su felicidad lo mejor que podía porque no quería mostrarse groseramente rebelde.

Sharon se puso pálida y casi se desmayó.

—Pero nos vamos a casar, dentro de unos seis meses, mamá —dijo Gwen—. Ahora es más seguro que nunca. Sabemos que nos gustamos.

Sharon se lo contó a Matthew. Matthew se puso torvo. No sabía qué decirle a Gwen, y, por lo tanto, se quedó callado.

Lo más grave fue que Gwen se lo dijo a sus hermanas, que la habían estado interrogando respecto al cambio de actitud de sus padres hasta que ella se lo contó. Después de todo, pensó Gwen, una hermana tenía dieciocho años y la otra dieciséis; es decir, las dos tenían edad suficiente para estar casadas, si lo hubiesen deseado. Las dos hermanas de Gwen se quedaron fascinadas, pero Gwen se negó a contestar a sus preguntas. Para Penny y Sybille, esto prestaba aún mayor hechizo a la experiencia de Gwen.

Decidieron hacer igual que ella, porque bien sabe Dios que sus respectivos novios las asediaban con la misma petición. Los espantosos golpes cayeron sobre Matthew y Sharon aquellas Navidades. Primero Penny, y luego la pequeña Sybille, llegaron a casa a las dos de la madrugada en vez de a medianoche, que era la hora del toque de queda, dos fines de semana sucesivos. Penny se defendió de las preguntas de sus padres, pero Sybille le soltó a su madre con franqueza que le había dicho que sí, según se expresó, a Frank, que tenía dieciocho años.

—Vosotras dos —le dijo Sharon a sus hijas Penny y Sybille—, ¿no volváis a traer a Peter ni a Frank a esta casa! ¿Me oís?

Entonces, Sharon se vino abajo. Eso sucedió la tarde del día en que Sybille le había dado la noticia. Llamaron al médico. Hubo que darle un sedante. El médico de la familia convenció a Matthew, que casi había pegado a Sybille en su presencia, de que se dejara poner también una inyección sedante. Pero Matthew no se derrumbó como Sharon.

—¡Vosotras no saldréis de casa hasta que yo os dé permiso para hacerlo! —fulminó Matthew a las chicas, antes de subir las escaleras, tambaleándose, hacia su dormitorio, que estaba separado del de su mujer.

—Todas, todas han tirado lo único que podían ofrecerle a un marido —le dijo Sharon a Matthew; y luego hizo venir a sus rubias hijas a su dormitorio para decirles lo mismo.

Las hijas bajaron la cabeza y parecieron arrepentidas, pero interiormente no lo estaban, y cuando salieron del dormitorio de su madre, la hermana mediana, Penny, le dijo a la hermana mayor, en presencia de la pequeña Sybille:

—¿No tenemos al mundo entero de nuestra parte?

Las tres hermanas estaban felices porque éra su primer amor.

—Sí —dijo Gwen con convicción.

Mientras tanto, Sharon, aún en la cama, le murmuraba a Matthew, que había entrado a visitarla:

—Todos nuestros esfuerzos desperdiciados. El Gran Tour de Europa... Las clases particulares de francés, las lecciones de piano... la civilización... Hacía dos años habían llevado a sus hijas a Florencia, París y Venecia.

El médico tuvo que intervenir otra vez con sedantes, aunque le aconsejó a Sharon que tratara de andar un poco.

Entonces vino el verdadero golpe. Sybille tuvo el valor de preguntarle a su padre si Frank, su novio, podía venirse a vivir a casa. Los padres de Frank estaban de acuerdo, sí Matthew aceptaba. Matthew no podía creer lo que oía. Y mientras, Frank seguiría yendo al Instituto de la ciudad, dijo Sybille.



—¿Y qué demonios pensarían los vecinos? —dijo su padre—. ¿No se te ha pasado por la cabeza?

—¡El novio de Estelle está viviendo en su casa! —contestó Sybille, antes de salir corriendo del despacho de su padre. Se refería a los Thompson, que vivían en la misma calle.

Pero, ¿de qué valían esos carcas? Eran como para hacer que cualquiera se marchase de casa. Su padre probablemente ni siquiera había oído hablar de la píldora.

—Me dan ganas de tirarles cubos de agua —dijo Sharon desde su cama, refiriéndose a los novios de sus hijas.

Se acordaba de las veces que había echado cubos de agua a los gatos callejeros que asediaban a su gata siamesa, pero eso no sirvió para protegerla, ya que su hijo bastardo todavía pertenecía a la casa.

Matthew estaba intentando todo lo que podía para mantener a la familia unida.

—Hay algo bueno —decía—. Ninguna de nuestras hijas está embarazada. Y Gwen se va a casar.

Pensaba en la familia de Estelle Thompson, en la misma calle, que tenían al novio viviendo en casa. No podía contárselo a su mujer, la mataría. Aquello le había hecho una profunda mella al propio Matthew. Pero ¿no sería mejor ceder un poco que quedar completamente derrotado?

—No será igual —replicaba Sharon, volviendo la cara hacia otro lado, con tristeza—. Gwen ya no es pura.

Comprendiendo que traer a Frank a su casa haría mucho daño a sus padres, Sybille se fue a vivir con Frank. Esto destrozó a Matthew, le temblaban las manos, y no fue a su oficina durante un par de días. Le daba vergüenza hasta de que le vieran en la calle. ¿Qué estarían pensando los vecinos?

En realidad, a los vecinos ya no les escandalizaban estas cosas y algunos pensaban que contribuían a dar estabilidad a los jóvenes.

Penny, la mediana, compartía ahora un pisito con Peter en la ciudad donde estudiaban, y ambos iban mejor en sus estudios. Esto fue en enero y febrero.

También en enero, Sharon se enteró de que su pequeña Sybille se había trasladado a casa de Frank. Se lo dijo la asistenta. Matthew nunca hubiera podido contarle a su mujer semejante cosa. Sharon seguía en la cama. Naturalmente, había echado de menos a Sybille unos diez días antes, y Matthew le dijo que Sybille había hecho su maleta y se había ido a casa de la hermana de Sharon en la ciudad, y que continuaba yendo al colegio. Pero la asistenta comentó con una alegre risa y sin venir a cuento:

—Ya sé que Sybille se ha marchado a casa de su novio. ¡Ya es una mujercita!

La asistenta creía que Sharon estaba enterada.

Sharon, drogada por los sedantes, pensó que la asistenta le estaba gastando una broma cruel.

—No es momento para risas... ni cuentos graciosos, Mabel.

—¡Pero si es verdad! —dijo Mabel.

Entonces comprendió que Sharon no sabía nada.

—¡Sal de mi casa! —gritó Sharon con toda la energía que le quedaba.

—Lo siento, señora —dijo Mabel, y salió de la habitación.

Sharon se levantó de la cama con dificultad, pretendiendo bajar a hablar con Matthew, que estaba en casa otra vez. En lo alto de las escaleras, Sharon perdió su asidero en la barandilla y se cayó, rodando los treinta y cinco terribles escalones que, aunque alfombrados, la dejaron horriblemente magullada. Matthew la encontró al pie de la escalera y llamó al médico inmediatamente.

—Está representado el derrumbamiento de su hogar —dijo el médico, que era un poco psiquiatra y se creía inteligente.

—¿Pero qué gravedad tienen las lesiones? —preguntó Matthew.

No se había roto nada, pero ahora tuvo que permanecer en la cama. Se fue quedando cada vez más débil. Y lo mismo le ocurrió a Matthew, como por contagio. Dejó de trabajar. Afortunadamente, podía permítírselo. El y Sharon envejecieron rápidamente en los meses siguientes. Sus hijas prosperaron. Gwen dio a luz un niño pocos meses después de su matrimonio. Sybille obtuvo una beca por sus buenas notas en Química. Penny, soltera, seguía viviendo con Peter, y a los dos les iba muy bien. Estaban estudiando Sociología y Lenguas orientales con intención de hacer trabajo de campo. Todas tenían un objetivo en la vida.

Para Sharon la vida había perdido su sentido, porque su objetivo principal había fallado. Para ella sus hijas eran vagabundas, putas enmascaradas; y, sin embargo, Penny y Sybille (aunque no Gwen) continuaban recibiendo dinero de casa. Matthew estaba atrapado entre la espada y la pared. Veía que a sus hijas les iba bien, pero él era como su mujer: no aprobaba su conducta. Después de todo, él se había mantenido casto hasta el matrimonio. ¿Por qué no podía hacer lo mismo todo el mundo, especialmente sus hijas? Fue a ver a un psicoanalista, cuyas palabras parecieron dividir a Matthew más aún, en lugar de integrarle. Además, las cartas de su hija Gwen implicaban que la actitud de él era un tanto ordinaria. Matthew deseó suicidarse, pero no lo hizo, porque siempre había pensado que el suicidio era una cobardía. Murió mientras dormía a la edad de setenta años.

Sharon sobrevivió hasta una edad increíblemente avanzada: noventa y nueve años. Hacía mucho tiempo que había prohibido a sus hijas pisar su casa. Tenía ya cuatro biznietos, y nunca había visto ni a los nietos ni a los biznietos. En su senilidad, Sharon regresó al pasado y sus palabras de moribunda fueron: "Las llevaré vírgenes al altar... al altar..." Tuvieron que atarla a la cama. Era preferible a que se cayera otra vez por las escaleras.

---

## *La víctima*

Empezó cuando la pequeña Catherine, rubia y gordita, tenía cuatro o cinco años; sus padres notaron que se hería, se caía o hacía algo desastroso con mucha más frecuencia que otros niños de su edad. ¿Por qué a Cathy le sangraba la nariz tan a menudo? ¿Por qué tenía las rodillas siempre arañadas? ¿Por qué lloraba tantas veces pidiendo el consuelo de su mamá? ¿Por qué se había roto un brazo dos veces antes de los ocho años? ¿Por qué, realmente? Sobre todo teniendo en cuenta que Cathy no era muy aficionada a estar en la calle. Prefería jugar en casa. Por ejemplo, le gustaba vestirse con la ropa de su madre, cuando ésta había salido. Cathy se ponía vestidos largos, tacones altos y maquillaje, que se aplicaba ante el tocador de su madre. Por dos veces, tales juegos habían sido la causa de que Cathy se enganchara los bamboleantes zapatos en la falda y se cayera por las escaleras, cuando iba camino del cuarto de estar para mirarse en el espejo grande. Esta había sido la causa de una

de las fracturas del brazo.

Ahora, Cathy tenía once años, y hacía mucho tiempo que había dejado de probarse la ropa de su madre. Ya tenía sus propias botas con plataforma que la hacían parecer diez centímetros más alta, su propio tocador con lápices de labios, polvos compactos, rulos, tenacillas, reflejos para el pelo, pestañas postizas, incluso una peluca en un soporte. La peluca le había costado la asignación de tres meses, y aun así sus padres habían tenido que añadir veinte dólares para comprarla.

—No me explico por qué quiere parecer una mujer de treinta años —dijo Vic, el padre de Cathy—. Ya tendrá tiempo de sobra para eso.

—Oh, es normal a su edad —dijo su madre, Ruby, aunque ella sabía que no era completamente normal.

Cathy se quejaba de que los chicos la molestaban.

—¡No me dejan en paz! —les dijo a sus padres una tarde, no por primera vez—. ¡Mirad qué cardenales!

Cathy se subió una llamativa blusa de nylon para mostrar un par de cardenales en las costillas. Se tambaleaba un poco sobre sus botas blancas con plataforma, rematadas por unas incongruentes medias amarillas hasta la rodilla, que hubieran sido más apropiadas para un explorador.

—¡Madre mía! —exclamó Vic, que estaba secando los platos—. ¡Mira esto, Ruby! No será que te caíste en algún sitio, ¿verdad, Cathy?

Junto al fregadero, Ruby no quedó muy impresionada por los cardenales de un marrón azulado. Ella había visto fracturas múltiples.

—¡Los chicos me agarran y me estrujan! —se lamentó Cathy.

Vic estuvo a punto de tirar el plato que estaba secando, pero finalmente lo puso con suavidad en lo alto de una pila en el armario.

—¿Qué esperas, Cathy, si llevas pestañas postizas para ir al colegio a las nueve de la mañana? Sabes, Ruby, es culpa suya.

Pero Vic no conseguía que Ruby estuviera de acuerdo. Ruby seguía diciendo que era normal a su edad, o algo así. Cathy le echaría pará atrás, pensaba Vic, si él fuera un chico de trece a catorce años. Pero tenía que admitir que Cathy parecía una presa fácil, un buen revolcón para cualquier estúpido adolescente. Intentó explicárselo a Ruby, y convencerla de que ejerciera algún control sobre ella.

—Sabes, Vic, cariño, te estás portando como un padre sobreprotector. Es un síndrome muy corriente, y no deseo reprochartelo. Pero debes despreocuparte de Cathy o empeorarás las cosas —dijo Ruby.

Cathy tenía los ojos azules y redondos y las pestañas largas por naturaleza. Las comisuras de su boca en forma de corazón tendían a levantarse en una sonrisa dulce y complaciente. En el colegio era bastante buena en Biología, dibujando espirogiros, el sistema circulatorio de las ranas, y cortes transversales de las zanahorias vistas por un microscopio. Miss Reynolds, su profesora de Biología, la apreciaba, y le prestaba panfletos y revistas trimestrales, que Cathy leía y devolvía.

Luego, en las vacaciones de verano, cuando tenía casi doce años, empezó a hacer auto—stop sin ningún motivo. Los chicos de la zona iban a un lago que estaba a quince kilómetros, donde practicaban natación, pesca y remo.

—Cathy, no hagas auto—stop. Es peligroso. Hay un autobús dos veces al día, ida y vuelta —le dijo Vic.

Pero allá se iba en auto—stop, como un lemingo precipitándose hacia su destino, pensaba Vic. Uno de sus amigos, llamado Joey, de quince años y con coche, podía haberla llevado, pero Cathy prefería parar a los camioneros. Así la violaron por primera vez.

Cathy hizo una gran escena en el lago, se echó a llorar cuando llegó allí a pie, y dijo:

—¡Acaban de violarme!

Bill Owens, el guarda, le pidió a Cathy inmediatamente que le describiera al hombre y el tipo de camión que conducía.

—Era pelirrojo —dijo Cathy, llorosa—. Unos veintiocho años. Era grande y fuerte.

Bill Owens llevó a Cathy en su coche al hospital más cercano. Los periodistas le hicieron fotos a Cathy y le dieron helados. Ella les contó su historia a los periodistas y a los médicos.

Cathy se quedó en casa, mimada y contemplada, durante tres días. El misterioso violador nunca fue encontrado, aunque los médicos confirmaron que Cathy había sido violada. Luego volvió al colegio, vestida como para una fiesta: zapatos de plataforma, maquillaje compacto, esmalte de uñas, perfume, escote profundo. Consiguió más cardenales. El teléfono de su casa no paraba de sonar; los chicos querían salir con ella. La mitad de las veces Cathy salía a escondidas, la otra mitad entretenía a los chicos con promesas, por lo que ellos se quedaban esperando delante de su casa, a pie o en coche. Vic estaba asqueado. ¿Pero qué podía hacer?

—Es natural. ¡Sencillamente Cathy tiene éxito! —seguía diciendo Ruby.

Llegaron las vacaciones de Navidad y la familia se fue a Méjico. Habían pensado ir a Europa, pero Europa resultaba demasiado cara. Fueron en coche a Juárez, cruzaron la frontera y se dirigieron a Guadalajara, camino de ciudad de Méjico. Los mejicanos, hombres y mujeres indistintamente, se quedaban mirando a Cathy. Evidentemente era una niña aún y, sin embargo, iba maquillada como una mujer. Vic comprendía por qué la miraban los mejicanos, pero, al parecer, Ruby no lo entendía.

—Gente repulsiva, estos mejicanos —dijo Ruby.

Vic suspiró. Pudo haber sido durante uno de estos suspiros cuando Cathy desapareció. Vic y Ruby iban caminando por una acera estrecha, con Cathy detrás de ellos, camino del hotel, y al volverse, Cathy ya no estaba allí.

—¿No dijo que iba a comprarse un helado? —dijo Ruby, dispuesta a correr a la próxima esquina para ver si había un vendedor de helados allí.

—Yo no le oí decirlo —dijo Vic.

Miró frenéticamente en todas direcciones. No había más que hombres de negocios con traje, unos cuantos campesinos con sombreros mejicanos y pantalones blancos —generalmente llevando bultos de algún tipo— y mejicanas de aspecto respetable haciendo sus compras. ¿Dónde había un policía? En la media hora siguiente, Vic y Ruby hicieron saber su problema a un par de policías mejicanos que escuchaban atentamente y anotaron la descripción de su hija Cathy. Vic incluso sacó una foto de su cartera.

—¿Sólo doce años? ¿De veras? —dijo uno de los policías.

Vic le entregó la foto y no volvió a verla.

Cathy regresó al hotel hacia la medianoche. Estaba cansada y sucia, pero se dirigió a la habitación de sus padres. Les dijo que la habían violado. El director del hotel les había llamado unos segundos antes para decirles:

—¡Su hija ha regresado! ¡Subió directamente en el ascensor, sin hablar con nosotros!

Cathy les contó a sus padres:

—Era un hombre de aspecto agradable y hablaba inglés. Quería que yo viese un mono que decía que tenía en el coche. Yo no pensé que hubiese nada malo en él.

—¿Un mono? —dijo Vic.

—Pero no había ningún mono —dijo Cathy—, y nos fuimos en el coche.

Entonces se echó a llorar.

Vic y Ruby se sintieron desfallecer ante la perspectiva de intentar encontrar a un hombre de aspecto agradable que hablaba inglés, y de intentar tratar con los tribunales mejicanos si lo encontraban. Hicieron las maletas y se llevaron a Cathy de vuelta a los Estados Unidos, confiando en que no pasara nada, es decir, que Cathy no estuviera embarazada. No lo estaba. La llevaron a su médico.

—Es por culpa de todos esos cosméticos que se pone —dijo el médico—. La hacen parecer mayor.

Vic lo sabía.

Un verdadero drama, sin embargo, tuvo lugar al año siguiente. Los vecinos de al lado tenían a un joven médico pasando un mes con ellos aquel verano. Se llamaba Norman y era sobrino de la señora de la casa, Marian. Cathy le dijo a Norman que quería ser enfermera y Norman le prestó libros, y pasaba horas con ella hablando de medicina y de la profesión de enfermera. Entonces una tarde Cathy entró corriendo en su casa, llorando, y le dijo a su madre que Norman llevaba semanas seduciéndola y que quería que ella se escapase con él y había amenazado con raptarla si no aceptaba.

Ruby se quedó horrorizada... aunque no enteramente horrorizada, sino más bien azarada. Quizá Ruby hubiese preferido encerrar a Cathy en casa y no decir nada del asunto, pero Cathy ya se lo había contado a Marian.

Marian llegó dos minutos después que Cathy.

—¡No sé qué decir! ¡Es espantoso! No puedo creer tal cosa de Norman, pero debe ser cierto. Ha huido de casa. Ha hecho su maleta en un vuelo, pero se ha dejado algunas cosas.

Esta vez las lágrimas de Cathy no cesaron, sino que continuaron corriendo durante días. Contaba historias de que Norman la había obligado a hacer cosas que no se sentía capaz de describir. El asunto se corrió por la vecindad. Norman no estaba en su apartamento de Chicago, dijo Marian, porque ella había intentado llamarle y nadie contestaba al teléfono. Se montó una caza policial... aunque nadie sabía quién la había iniciado. No había sido Vic, ni Ruby; tampoco Marian, ni su marido.

Norman fue encontrado al fin, encerrado en un hotel a cientos de kilómetros de allí. Se había registrado con su propio nombre. La policía presentó cargos en nombre de una comisión gubernativa para la protección de menores. Se inició un juicio en la ciudad de Cathy. Cathy disfrutó de cada minuto del mismo. Iba al tribunal diariamente, tanto si tenía que declarar como si no, cuidadosamente vestida, sin maquillaje ni pestañas postizas, pero no pudo alisar su rizado pelo, que había empezado a crecer y mostraba las raíces oscuras contrastando con el tinte ultrarrubio. Cuando estaba en el estrado de los testigos fingía que era incapaz de relatar los espantosos hechos, por lo que el fiscal tenía que sugerírselos y Cathy murmuraba "síes", que con frecuencia le pedían que repitiera en voz más alta para que el tribunal pudiese oírlos. La gente meneaba la cabeza, silbaba a Norman y al final del juicio estaban dispuestos a lincharle. Lo único que Norman y su abogado pudieron hacer fue

negar los cargos, porque no había testigos. Norman fue condenado a seis años por abusos deshonestos y por planear el rapto de una menor fuera de las fronteras del estado.

Durante un tiempo Cathy disfrutó haciendo el papel de mártir. Pero no pudo mantenerlo más que unas cuantas semanas, porque no era suficientemente alegre. La legión de sus novios se retiró un poco, aunque seguían llamándola para salir. A medida que pasaba el tiempo, cuando Cathy se quejaba de haber sido violada, sus padres no le hacían mucho caso. Después de todo, Cathy llevaba ya varios años tomando "la píldora".

Los planes de Cathy habían cambiado y ya no quería ser enfermera. Iba a ser azafata. Tenía dieciséis años, pero podía pasar fácilmente por tener veinte o más si lo deseaba, así que dijo en las líneas aéreas que tenía dieciocho e hizo el cursillo práctico de seis semanas sobre cómo mostrarse encantadora, servir bebidas y comidas a todos con agrado, calmar a los nerviosos, administrar primeros auxilios y llevar a cabo los procedimientos de salida de emergencia en caso necesario. Cathy había nacido para todo esto. Volar á Roma, Beirut, Teherán, París, y tener citas por toda la ruta con hombres fascinantes era exactamente lo que siempre había deseado. Frecuentemente las azafatas tenían que pasar la noche en ciudades extranjeras, donde se les pagaba el hotel. Así que la vida iba sobre ruedas. Cathy tenía dinero a espuestas y una colección de los más extraños regalos, especialmente de caballeros de Oriente Medio, tales como un cepillo de dientes de oro y un narguile portátil

(también de oro), muy indicado para fumar hierba. Había tenido una fractura de nariz, gracias al chófer demente de un millonario italiano en la escarpada carretera entre Positano y Amalfi. Pero le habían arreglado bien la nariz y no estropeaba su cara bonita en lo más mínimo. En honor suyo hay que decir que Cathy enviaba dinero a sus padres regularmente, y ella misma tenía una cuenta astronómica en una caja de ahorros de Nueva York.

Luego el envío de los cheques a sus padres se interrumpió bruscamente. Las líneas aéreas se pusieron en contacto con Vic y Ruby. ¿Dónde estaba Cathy? Vic y Ruby no tenían ni idea. Podría estar en cualquier lugar del mundo, las Filipinas, Hong—Kong, incluso Australia, que ellos supieran. "¿Serían las líneas aéreas tan amables de informarles tan pronto supieran algo?", pidieron sus padres.

La pista llegaba hasta Tánger y terminaba allí. Cathy le había dicho a otra azafata, al parecer, que tenía una cita en Tánger con un hombre que iba a recogerla en el aeropuerto. Evidentemente, Cathy acudió a su cita y nunca se supo más de ella.

---

## *La evangelizadora*

Dios le llegó tarde a Diana Redfern, pero le llegó. Diana tenía cuarenta y dos años cuando, caminando por su calle, que estaba empapada por la lluvia, que había cesado recientemente, y sobre la cual caían gotas de los olmos, experimentó un cambio, una revelación. Esta revelación afectaba a su mente, a su cuerpo y también a su alma. Percibió la presencia de la naturaleza y la de un Dios todopoderoso fluyendo a través de ella. En ese mismo momento el sol, que se había abierto paso a través de las nubes, inundó su rostro y su cuerpo y toda la calle, que se llamaba calle del Olmo.

Diana se quedó quieta, con los brazos extendidos, y sin preocuparse de lo que la gente pudiera pensar, dejó caer la bolsa de la compra vacía y se arrodilló en la acera. Luego se alzó y su paso se hizo más ligero y realizó sus tareas sin esfuerzo. De pronto la cena estaba lista y Ben, su marido, y su hija de catorce años, Prunella, estaban sentados a la mesa, iluminada por velas, con un cóctel de gambas ante ellos.

—Ahora, recemos —dijo Diana, para sorpresa de su marido y de su hija.

Soltaron sus tenedorcitos de gambas e inclinaron la cabeza. Había algo imperioso en la voz de Diana.

—Dios está aquí —dijo Diana como conclusión.

Nadie pudo negarlo, ni negar a Diana. Ben le lanzó una mirada de desconcierto a Prunella, ésta se la devolvió y luego empezaron a comer.

Diana se convirtió en seguida en una predicadora laica. Empezó con té en su casa los martes y jueves, a los que invitaba a los vecinos. Los vecinos eran, en su mayoría, mujeres, pero también pudieron venir algunos hombres retirados.

—¿Sois conscientes de la constante presencia de Dios? —les preguntaba—. Sólo los desdichados que nunca han conocido a Dios pueden dudar de la inmortalidad del hombre y de su vida eterna después de la muerte.

Los vecinos se quedaban callados, primero porque intentaban encontrar algo que responder (el ambiente era de conversación), y luego, porque realmente estaban muy impresionados y preferían dejar hablar a Diana. La asistencia a sus tés aumentó.

Diana comenzó a mantener correspondencia con ancianos, presos y madres solteras cuyos nombres consiguió en la parroquia. Allí el predicador era el Reverendo Martin Cousins. El aprobaba la labor de Diana y habló de ella desde el púlpito como "alguien de los nuestros que está inspirado por Dios".

En el desván, que Diana había despejado en parte y usaba como despacho, permanecía arrodillada en un taburete bajo durante casi dos horas todos los días al amanecer. Los domingos por la mañana, bien temprano para que no le impidiese ir a la iglesia a las once, predicaba en las esquinas, subida a una silla de formica que se traía de su cocina.

—No os pido un centavo. A Dios no le interesan las monedas del César. Os pido que os entreguéis a Dios... y os arrodilléis.

Tendía los brazos, cerraba los ojos e inspiraba a bastantes personas para arrodillarse. Algunas personas anotaban su nombre y dirección en el libro mayor que llevaba Diana. Luego ella les escribía con el propósito de sostener su fe.

Diana llevaba ahora una túnica blanca flotante y sandalias, incluso con el peor tiempo. Nunca cogió un resfriado. Diana siempre había tenido los párpados enrojecidos, como si le faltara sueño, aunque dormía mucho, por lo menos antes. Ahora no dormía más de cuatro horas por noche en el desván, donde se quedaba escribiendo hasta bien pasada la medianoche. Se le pusieron los párpados aún más enrojecidos, lo cual hacía que sus ojos parecieran más azules. Cuando fijaba la mirada en

un extraño, él o ella temían moverse hasta que Diana hubiese transmitido su mensaje, que parecía un mensaje personal.

—Simplemente estad alerta... ¡y venceréis!

A Ben le resultaba difícil comprender qué pretendía conseguir Diana. Ella no quería ayudantes, aunque trabajaba lo bastante como para agotar a tres o cuatro personas. Su conducta le causaba cierta incomodidad a Ben, que era el encargado de una joyería y relojería en la ciudad de Pawnuke, Minnesota. Pawnuke era una ciudad residencial nueva, compuesta por wasp<sup>1</sup> acomodados que habían huido de una metrópolis cercana. "Más vale tomárselo con calma y ser tolerante—pensaba Ben—. Diana está del lado bueno, de todas maneras."

Prunella se sentía algo atemorizada por su madre y se apartaba siempre que Diana quería pasar junto a ella en una habitación o en el recibidor. Hasta Ben se dirigía ahora a su mujer con una actitud diferente, y a veces tartamudeaba. En cualquier caso, Diana no estaba mucho en casa. Había empezado a hacer viajes en avión a Filadelfia, Nueva York y Boston, las ciudades más necesitadas de salvación, según decía. Si no tenía un auditorio preparado —estaba en contacto por carta y por teléfono con varias Cámaras de Comercio que podían organizarle estas cosas— entraba directamente en las iglesias y las sinagogas y tomaba posesión. Con su túnica blanca y sus sandalias, hiciera el tiempo que hiciera, y su melena rubia flotando, presentaba una figura impresionante cuando avanzaba por el pasillo central con paso largo y subía al púlpito u ocupaba la tribuna. ¿Quién podría o se atrevería a echarla? Predicaba El Verbo.

—¡Hermanos, hermanas! ¡Debéis apartar las telarañas del pasado! ¡Olvidad las viejas frases aprendidas de memoria! ¡Consideraos recién nacidos... a partir de este momento! ¡Hoy es vuestro verdadero nacimiento!

Aunque algunos sacerdotes y rabinos se enojaban, ninguno intentó nunca detenerla. Todas las congregaciones, como los vecinos a los que Diana se dirigía en las aceras de su ciudad, permanecían en silencio y escuchaban. A los seis meses la fama de Diana Redfern se había extendido por todos los Estados Unidos. Los pocos que se burlaban —y eran muy pocos— hacían críticas suaves. Los más indignados eran los de la industria cárnica, porque Diana predicaba el vegetarianismo y sus conversos estaban empezando a hacer mella en los beneficios de los mataderos de Chicago.

Diana planeó una Peregrinación Mundial de Resurrección Humana. Le llovió el dinero, o cayó como el maná; el dinero de extraños, franceses, alemanes, canadienses, gente que solamente había leído cosas respecto a ella pero no la habían visto nunca. Por tanto, los gastos de la peregrinación no constituían ningún problema. En realidad, parte del dinero lo devolvió a los donantes. Ciertamente no era avariciosa, pero pronto resultó evidente que no podría ocuparse de toda su correspondencia (lo más importante) si se dedicaba a devolver las contribuciones, así que las depositó en una cuenta bancaria especial.

Un ama de llaves de media jornada preparaba ahora las comidas en casa de Diana; comidas vegetarianas, claro está. Con frecuencia la casa parecía un hostel para jóvenes y viejos, porque los desconocidos llamaban a la puerta y se quedaban a charlar, y Ben ya no se sorprendía al encontrar familias con tres niños o más que pensaban dormir en los dos sofás del cuarto de estar y en los dormitorios de invitados.

—Todo, todo es posible —le decía Diana a Ben.

Sí, pensaba Ben. Pero nunca hubiera imaginado que su matrimonio llegase a esto: Diana aislada de él, durmiendo en una cama de clavos, más o menos, en el desván, mientras su casa estaba ocupada por extraños. Tenía la sensación de que los acontecimientos avanzaban hacia un clímax con la vuelta al mundo de Diana y que, como los acontecimientos bíblicos, escaparían al control de

---

<sup>1</sup> **Blancos, anglosajones y protestantes, la población que se considera más distinguida en Estados Unidos.**



Ben. Diana se convertiría en algo así como una santa viviente, quizá, y más famosa que ninguna santa lo hubiera sido nunca en vida.

La mañana de su partida para la vuelta al mundo Diana se puso de pie en el alféizar de la ventana del desván, alzó los brazos hacia el sol naciente y saltó, convencida de que podía volar o, al menos, flotar. Cayó sobre una mesa redonda de hierro pintado de blanco y sobre los ladrillos rojos del patio. Así encontró la pobre Diana su fin terrenal.

---

## *La perfeccionista*

El padre de Margot Fleming, a quien ella había admirado mucho, siempre le había dicho: "Cualquier cosa que valga la pena hacer, vale la pena hacerla bien". Margot creía que cualquier cosa que valiera la pena hacer bien, valía la pena hacerla perfectamente.

La casa y el jardín de los Fleming estaban en todo momento en perfecto orden. Margot hacía todo el trabajo de jardinería, aunque podían permitirse un jardinero. Incluso su perro de raza Airedale, "Rugger", dormía donde debía dormir (en una alfombra delante de la chimenea) y nunca saltaba sobre la gente para saludarla, sino que se limitaba a mover la cola. La única hija de los Fleming, Rosamund, de catorce años, tenía unos modales perfectos y no tenía más defecto que ser propensa al asma.

Si al guardar un tenedor en el cajón de la cubertería de plata Margot advertía un incipiente empañamiento, sacaba el producto para la plata y limpiaba el tenedor lo cual la llevaba, cualquiera que fuese la hora del día o de la noche, a limpiar el resto de la cubertería para que toda quedara igualmente bonita. Entonces Margot se sentía impulsada a emprenderla con el servicio de té luego, la tapadera de la fuente para la carne, y después, los marcos de plata de las fotos del cuarto de estar y la cajita de plata que estaba sobre la mesa del teléfono, y podía hacerse de madrugada antes de que Margot terminase. Sin embargo, había una sirvienta que se llamaba Dolly y que venía tres veces por semana para hacer la limpieza más pesada.

Raras veces se atrevía Margot a preparar una comida para su familia, y nunca para los invitados. Y eso a pesar de tener una cocina equipada con todos los electrodomésticos modernos, incluyendo un congelador enorme, tres batidoras, un abrelatas eléctrico, un afilador eléctrico, una inmensa cocina con dos hornos de puertas de cristal y armarios rodeando las paredes llenos de ollas a presión, coladores, cacerolas y sartenes de todos los tamaños. Los Fleming casi nunca comían en casa, porque Margot temía que sus guisos no fueran lo bastante buenos. Algo —quizá la sopa, quizá la ensalada— podría no estar exactamente en su punto, pensaba Margot, y renunciaba. Los Fleming podían invitar a sus amigos a tomar copas en su casa, pero luego se metían todos en sus coches y conducían doce kilómetros para ir a la ciudad a cenar en un restaurante, y después a lo mejor volvían a casa de los Fleming para tomar el café y el coñac.

Margot era un poco hipocondríaca. Se levantaba temprano por las mañanas (si no estaba levantada aún después de haberle sacado brillo a la plata o encerado los muebles) para hacer sus ejercicios de yoga, seguidos de media hora de meditación. Luego se pesaba. Si había ganado o perdido una fracción de kilo de la noche a la mañana, intentaba remediarlo por medio de lo que comiera ese día. Después bebía el zumo de un limón sin endulzarlo. Dos veces al año pasaba dos semanas en un balneario y sentía que se libraba de los pequeños dolores y molestias que habían comenzado en los seis meses anteriores. En el balneario, su dieta era aún más sencilla y su rostro delgado adquiría un aire un poco más ansioso, aunque ella se esforzaba por mantener una expresión inteligentemente amable, ya que esto formaba parte de la perfección general que aspiraba a lograr.

—Los Mengánez son muy poco ceremoniosos —le decía Harold, su marido, algunas veces—. No tenemos que darles un banquete, pero sería agradable poder invitarles a cenar aquí.

No había suerte. Margot contestaba algo así:

—Sencillamente, creo que no puedo arreglármelas. Un restaurante es muchísimo más fácil, querido.

La expresión de Margot se había vuelto tan angustiada que Harold no tenía valor para continuar la discusión. Pero a menudo pensaba: "Toda esa cocina tan grande, ¡y ni siquiera podemos invitar a nuestros amigos a tomar una tortilla!"

Así que Harold se quedó con la boca abierta cuando Margot anunció un día de octubre, con la solemnidad de un cruzado rezando antes de la batalla:

—Harold, vamos a dar una cena aquí.

La ocasión era doble: el cumpleaños de Harold era dentro de nueve días y caía en sábado. Y acababan de ascenderle a vicepresidente de su banco con un aumento de sueldo. Era suficiente para justificar una fiesta y además Harold pensaba que se la debía a sus compañeros, pero... ¿era Margot capaz?

—Puede que sean por lo menos veinte personas —dijo Harold—. Yo mismo había pensado en ir a un restaurante esta vez.

Pero Margot sentía claramente que era algo que debía hacer para ser una esposa perfecta. Envío las invitaciones. Pasó dos días planeando el menú con ayuda del Larousse Gastronomique, lo escribió a máquina con dos copias e hizo una lista de la compra con dos copias también, por si acaso perdía una o dos. Faltaban siete días para la cena. Decidió que las cortinas de la sala estaban deslucidas, así que recorrió la ciudad en un taxi buscando la tela adecuada y luego la trencilla dorada exactamente conveniente para los bordes y el bajo. Hizo ella misma las cortinas. Contrató a un tapicero para que le tapizara un sofá y cuatro butacas y le pagó un suplemento por la urgencia. Margot y Dolly volvieron a limpiar las ventanas ya limpias y a lavar la ya limpia vajilla para veinticuatro personas. Margot no se acostó las dos noches anteriores a la fiesta de cumpleaños y ascenso y, naturalmente, estuvo también ocupada durante el día. Ella y Dolly hicieron una ración de prueba del

complicado pudín que iban a poner de postre, lo encontraron excelente y lo tiraron.

Llegó la gran noche, y veintidós personas fueron llegando entre las siete y media y las ocho en una serie de coches particulares y taxis. Margot, un mayordomo contratado y Dolly iban y venían con bandejas de bebidas, canapés calientes y aperitivos. La mesa del comedor había sido alargada al máximo y ahora era un hermoso campo de hilo blanco, con candelabros de plata y tres jarrones de claveles rojos.

Y todo fue bien. Las mujeres alabaron el aspecto de la mesa y alabaron la sopa. Los hombres declararon que el clarete era excelente. El presidente del banco de Harold propuso un brindis por Margot. Entonces Margot empezó a sentirse mal. Tomó un segundo café y aceptó un segundo coñac que no le apetecía porque se lo había ofrecido uno de los compañeros de Harold. Luego se escabulló a su dormitorio y se tomó una benzedrina. No tenía costumbre de tomar píldoras estimulantes y tenía éstas sólo porque se las había pedido a su médico "por si acaso", y él se las había dado porque prometió no abusar de ellas. Diez minutos después, Margot se sentía en el aire, casi volando, y se alarmó. Volvió a su cuarto y tomó un somnífero suave. Bebió otro coñac que alguien insistió en darle. Harold propuso un brindis por su banco, al que siguió unos minutos más tarde otro brindis, propuesto por todos, por Harold, puesto que era su cumpleaños. Margot participó obedientemente en todos estos brindis:

En los últimos momentos de la fiesta, Margot se sentía sonámbula, como si fuera un fantasma u otra persona. Cuando la puerta se cerró tras el último invitado, Margot cayó redonda al suelo.

Llamaron a un médico. Hubo que llevar a Margot rápidamente a un hospital y hacerle un lavado de estómago. Estuvo inconsciente muchas horas.

—No hay por qué preocuparse realmente —dijo el médico a Harold—. Es agotamiento, sumado al hecho de que sus nervios están alterados por las píldoras. Es sólo cuestión de lavar su organismo.

Le daban agua lentamente por medio de un tubo introducido en su garganta. Margot recuperó la conciencia y en seguida experimentó una profunda vergüenza.

Estaba segura de que había hecho algo mal en la fiesta, pero no podía recordar qué era exactamente.

—Margot querida, ¡lo hiciste maravillosamente! —le dijo Harold—. ¡Todo el mundo dijo que fue una noche magnífica!

Pero Margot estaba convencida de que se había desmayado y de que los invitados habían pensado que estaba borracha. Harold le enseñó las notas apreciativas que había recibido de varios de los invitados, pero ella las interpretó como simples muestras de cortesía.

Una vez en casa, Margot se dedicó a hacer punto. Siempre había hecho algo de calceta. Ahora emprendió una inmensa labor: hacer colchas de punto para todas las camas de la casa (ocho contando las camas gemelas de las dos habitaciones de invitados). Margot descuidó su meditación de yoga, pero no los ejercicios, mientras hacía punto desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde, sin apenas detenerse para comer.

El médico le dijo a Harold que consultara a un psiquiatra. El psiquiatra tuvo una charla con Margot y luego le dijo a Harold:

—Debemos dejarla que siga haciendo calceta, de lo contrario podría ponerse peor. Cuando haya hecho todas las colchas quizá podamos hablar con ella.

Pero Harold sospechó que el médico solamente intentaba hacer que él se sintiera mejor. La situación era peor que nunca. Margot le prohibió a Dolly que preparara las comidas, diciendo que Dolly no cocinaba lo suficientemente bien. Los tres Fleming hacían precipitadas excursiones a los restaurantes y volvían a casa para que Margot pudiera reanudar su labor.

Calcetar, calcetar, calcetar. ¿Qué se le ocurriría a Margot hacer a continuación?